

ANTES Y AHORA

Leo en *La Correspondencia Militar*:

«Entonces, antes de que se disparara el primer tiro, era ocasión de que, quienes presumen de guiar y manejar muchedumbres, las hubieran alzado contra la guerra, y hasta las hubieran llevado al exterminio de sus propugnadores.»

Leo en *El Progreso*, de Barcelona, órgano del partido que acaudilla Lerroux:

«Gritar ¡abajo la guerra! era el grito que debiera haber levantado á toda España después del pretexto de la agresión. Ahora que la guerra es un hecho, sólo cabe exigir de Maura que precipite los acontecimientos y se decreta una paz honrosa.»

Este era mi criterio antes de haberse disparado el primer tiro; por esto propuse que los directores de los periódicos madrileños se reunieran para acordar sin perder tiempo una propaganda enérgica contra lo que se veía venir.

No lo hicieron. Lo siento por España.

Habilidad burda

Hay empeño en hacer creer á la opinión que el partido republicano es enemigo del Ejército, porque ha protestado de la llamada de los reservistas, y pide el servicio militar obligatorio.

Es una habilidad burda.

El día que pueda hablarse con alguna libertad, ya diremos quienes son los verdaderos enemigos del Ejército.

LA OPINIÓN DEL SILENCIO

Cuando en 1898 fué sometida la prensa á la censura militar, para que no pasase ni una noticia de los sucesos que dieron por resultado la pérdida de las Colonias, muchos periódicos pensaron en dejar de publicarse.

Realmente era intolerable aquello. No sólo no se podía dar noticias, sino que ni siquiera emitir una opinión razonada sobre la guerra ni sobre nada que disgustase al fiscal de turno. A mí me tacharon un juicio que formulé sobre el señor de los carlistas que acaba de morir. Mas á pesar de haberlo pensado casi todos, sólo un periódico se impuso á sí mismo la suspensión temporal: *El Motín*. Y fué muy elogiado por algunos colegas, entre ellos *El Imparcial*, *El Liberal*, *El País*, *El Herald*, *El Nacional*, y otros de Madrid y provincias, que siguieron publicándose.

La situación de ahora, aunque no se ha llegado aún á lo de la fiscalía militar, es peor que aquella; al fin y al cabo, con retirar el escrito denunciado, el periódico circulaba; mientras hoy la apreciación más justa y mejor intencionada puede dar pretexto á la denuncia y la recogida. ¿No habría un medio de protestar de esto con alguna eficacia?

Lejos de mí el pensamiento de que se supriman voluntariamente los periódicos diarios; representan muchos intereses respetables. ¿Pero no podrían dejar de ocuparse en absoluto de todo lo que se relacionase con la guerra? Produciría gran efecto en la opinión, aquí y en el extranjero, esa prueba de virilidad colectiva.

¿Que siempre quedarían los periódicos ministeriales, amén de los extraordinarios que se publicasen, para dar las noticias que al gobierno le conviniera? Claro que sí. Pero bastaría el hecho de publicarlas ellos, para que nadie las creyera.

En fin, como no trato de defender mi opinión, sino de apuntarla, y ya lo he hecho, termino aquí declarando que, mientras las circunstancias no varíen, *El Motín* no se ocupará de la guerra.

Prefiero esto á convertirme en órgano ministerial insertando solamente las noticias que el gobierno me mande, careciendo á la vez de libertad para hacer otras apreciaciones que las que sirvan á su política ó á sus fines. Y respondo así también, en la pequeña parte que me alcanza, á la frase lanzada por el ministro de la Gobernación en su circular, de que «no está dispuesto á posponer los intereses nacionales al afán de lucro de las Empresas periódicas».

(Esto aparte de que el silencio es también una opinión.

JOSÉ NAKENS

La educación de los curas

Jamás he podido explicarme por qué tantas familias tienen el gusto singular de tratar curas y admitirlos en sus casas; no hay hombres menos sociables. Con ellos no se puede hablar de literatura, porque no la conocen; ni de arte, que es griego para sus caletres incultos; menos aún de ciencias, de espectáculos ó de inventos que no comprenden. En su presencia no se puede tocar á la política por el peligro de ofenderlos, ni tratar de mujeres, porque ellos casi lo son, ó al menos hemos convenido en que se les guarden los mismos pudibundos respetos que se dejan tributar muy orondos, si no los reclaman cuando creen que alguien los ha omitido.

El cura, en sociedad, no olvida que es eclesiástico más que para lo que le conviene. Si, como es lo ordinario, se mantiene en su papel, resulta su presencia embarazosa é indigesta, un hombre que siempre está en el púlpito y hasta con su silencio reprende, si no se impone, como suele suceder, de un modo harto imperativo y para todos deprimente! ¡Horror!

Pero si las da de franquete y campechano, afectando haberse dejado la corona y el hábito á la puerta, es aún más peligroso. Eliminado el clérigo, aparece el hombre generalmente grosero, que no disimula una chocarrería inaguantable y pasiones de burdo ganapán. En cualquiera de estos casos el cura ha de aparecer con una educación menos que elemental, si no es que llega á los últimos linderos de la mala crianza más agresiva. Y no me atrevo á decidir si aún será peor el curita alimbado con pretensiones de gomoso, dado á imitar á los filletes de la crema; no hay nada más ridículo é insoportable.

Como quiera, el clérigo siempre se acuerda de lo que es. En medio de la jovialidad más expansiva de que él, como toda la reunión ó más que nadie participa, decidí hacer algo que él juzgue inconveniente á su persona, y le veréis de pronto hincharse, engallarse, sacar las uñas, y en tono de pedante ofendido, increpar con mil inconveniencias á todo el que se le oponga. Repito que no sé cómo hay quien tenga el gusto de admitir curas en su casa, sean de la clase que fueren; que en nada se distinguen los obispos de los canónigos ó de los simples saltatumbas, como no sea en el grado de altanería.

¿Quién no sabe que Sancha en las reuniones de sociedad se permitía unas libertades que á cualquier caballero le hubiera costado una cuestión personal y la expulsión de la casa? Nada menos que tocar la cara á las moicitas, y á veces tomarles medida de las posaderas se permitía el buen obispo. Con los hombres solía llegar á sacarles del dedo las sortijas y guardárselas, diciendo: ¡vaya, usted es rico; esto para los pobres!...

El difunto padre Ceferino González, modelo de brutal *sans façon*, hospedábase en Madrid, gratis por supuesto, en casa de cierto título, á donde llegaba sin anunciar-se y á horas inconvenientes; pasaba los días que le daba la gana, y se iba sin despedirse; los cocheros eran quienes decían al señor: «Hemos llevado á su ilustrísima á la estación.»

Un día de gran convite en casa de Pidal, se le antojó á fray Ceferino comer sólo en el jardín y en el suelo, dejando al dueño de la casa que se entendiera con los numerosos convidados. ¿Qué disgusto y qué bochorno aquél! Ni ruegos de Pidal, ni súplicas de las señoras, ni razones, ni nada, bastó á que desistiera; en el suelo comió con su capellán, al aire libre, como si se le hubiera antojado hacerlo en la cuadra. Todavía se recuerdan en Palacio las inconveniencias de aquel fraile con las personas mismas de la real familia.

Cito estos ejemplos por no aducir otros de clérigos muy conocidos, que, sobre todo en la mesa, han hecho verdaderos desaguisados; pero no puedo olvidar este detalle: en todo *lunch*, refresco, banquete ó lo que fuere, donde haya curas, el que los observe no tardará en verlos llenarse furtivamente los bolsillos de pastas, dulces, puros y hasta cucharillas, sin perjuicio de decirle alguno de ellos á los criados ó á los amos: «voy á coger estos dulcecitos para mi Petra (el ama), ¡la pobre como tiene que estarse en casa!... Hay señores que no sé si por tontería ó por burla irónica, se adelantan á ofrecer el cucurrucho lleno de golosinas para la Petra ó la Ruperta.

Otra observación. Gran número de clérigos toman cigarros de todo el que se los ofrece, pero sacan la petaca para ellos solitos. ¿Saludar correctamente, responder á una fineza? Eso no lo esperéis de un cura como no sea él por su casa una persona

distinguida, lo que es raro, porque las familias ricas ó nobles serán todo lo clericales que prescriba la moda, pero no quieren que sus hijos sean curas, en lo que hacen perfectamente, con muy buen sentido.

Es notable que la Iglesia, la sociedad más orgullosa de la tierra, la mantenedora de todos los patriciados y todos los nobiliarismos, privilegios, castas y distinciones, reclute sus ministros en las últimas capas sociales, y luego los eduque para mozos de cuadra antes de decirles como Cristo á sus apóstoles: «Id por el mundo á predicar entre las gentes... regoldando judías estadias.» «Aquí tampoco somos señoritos, le decía un seminarista de Cuenca á otro de Toledo; ya ve usted, ¡es fama que nos quitamos las medias á cecesi!...» Histórico y ocurrido en mi presencia.

He ahí explicada la costumbre de muchos aristócratas: al capellán hacerle que suba por la escalera de los criados derecho al oratorio, sin ver á los señores; allí que espere su aviso, que diga la misa, tome después chocolate, servido por un lacayo, el cual le pone en la mano un duro, y á la calle por la consabida escalera de servicio sin haber recibido de los amos ni un saludo. Humillante es el trato, pero ni los curas protestan de él, ni hay otro mejor para librarse de muchos inconvenientes.

Si, que el cura es generalmente gorrón, pediguero, insaciable; que como le den el pie, ya se toma él la mano y la cara. Sabida es la célebre frase: «el cura no entra en casa alguna más que para sacar dinero ó mujeres.» Unos llevan la idea de hacerlas monjas después de haberlas deshonrado; otros de lo último sin lo primero; donde no hay que sacar no es fácil ver una sotana.

Lo que digo del cura valga para el fraile y el jesuita, con la diferencia de que el segundo es, si cabe, más brutal que el primero, y el último es más exigente y peligroso que todos: el cura es uno que agencia para sí; el fraile es legión y mira por la Orden; si uno falta, otro le sustituye.

Ocupar el primer sitio, imponerse, tener siempre razón, no sufrir nada, altivez con los bajos, rastrería con los altos si de ellos algo espera... Este es el clérigo español, salvas las honrosas excepciones que confirman estas reglas.

Lo dicho; no comprendo cómo hay quien franquee á curas las puertas de su casa. ¡Oh, madre mía, tú eras una sabia!

JOSÉ FERRÁNDIZ

INFECUNDIDAD

Las mezclas, cruzamientos y amalgamas á que modernamente se entregaron zoólogos y agricultores dieron por resultado especies caprichosas y de belleza incomparable, pero infecundas completamente, como si la naturaleza contrariada se negara á perpetuar tales engendros.

En lo que pudiéramos llamar fauna eclesiástica y flora devota sucede exactamente lo mismo. Consiguiose la especie de curas y jesuitas financieros, conformes en un todo con el positivismo yanqui, retortas con sotana en las que trozos de dogmas, pedazos de fanatismos, residuos de tradiciones, plegarias, ritos, ornamentos y brevariarios convertíanse en oro tras una corta cocción y unos latinajos disparados á tiempo. El clérigo-crisol fué el *dernier cri* en el recinto de la Iglesia católica; todo lo convertía en monedas contantes y sonantes. ¿Puede darse invención más ingeniosa?

Y tras el cura y el jesuita, aparecieron los seglares con las mismas disposiciones y caracteres. Llenábanse de medallas y escapularios, confesaban y comulgaban diariamente, sometíanse de todo en todo á la voluntad de una de las retortas con bonete y casulla, perfumábanse con incienso, formaban procesiones, encendían cirios y ¡oh prodigio!, al cabo de corto plazo, cirios, procesiones, misas, rosarios, incienso y escapularios convertíanse en acciones de empresas poderosas, dividendos de esplendidos negocios, rentas de pingües monopolios, billetes de los bancos europeos y monedas aureas y argentinas de todos los cuños y de todas las cataduras. Y lo más notable del caso es que tales milagros se verificaban por virtud de un Dios pobre, desvalido, desnudo y crucificado.

Hermosas especies fueron las obtenidas en los viveros y jardines sagrados. Ejemplares curiosísimos de plantas y de hombres. Quintaescencia de lo que pueden lograr el cultivo y la selección asiduos. Alardes del ingenio que todavía pueblan las sacristías, los conventos, cabildos y congregaciones. Pero los monstruos nacieron condenados

á la esterilidad más absoluta. Se han hecho trabajos y esfuerzos de todo género para que esos jesuitas, esos curas y esos devotos produzcan algo, muestren fecundidad, den una señal cualquiera de que sirven para algo más que sorber dinero, á modo de bombas aspirantes, y echarlo en cajas tenebrosas de donde ya no salen en la vida. Un literato, un orador, un físico, un sociólogo, un hacendista, un dramaturgo, un místico, cualquier flor, cualquier fruto, por insignificante que fuese, brotado en los campos inmensos de las retortas con escapulario, hubiera escuchado un ¡hurra! gigantesco que hiciera estremecerse hasta los fundamentos del planeta terráqueo.

Pasaron años y años, y, nada; ni un periódico, ni una novela, ni un discurso en el Congreso, ni una conferencia en el Ateneo, ni un sermón, ni un libro, ni un artista; el silencio, la esterilidad, desesperantes, inquebrantables, fatales...

Claro es que ha resultado mucho, mucho dinero en las arcas devotas, cientos y miles de millones. No mucho, todo el dinero de España está ya allí; y, sin embargo, la situación es violentísima, las retortas humanas están que no les llega la camisa al cuerpo; ven venir el nublarlo pavoroso que no va á dejar tífere con cabeza, presienten la tormenta agitiándose y zumbando como las moscas, perciben las primeras sacudidas y vaivenes del terremoto, oyen silbidos y pateos de las muchedumbres; la palabra *fracaso* se repite sin cesar; la transformación de los chirimbolos religiosos en billetes de Banco comienza á ofrecer serias dificultades, y está al sonar la hora en que habrá que declarar que la flora y la fauna religiosas consiguieron no más que monstruos infecundos cuando llenaron España de curas, jesuitas y devotos, verdaderas fábricas de moneda donde, en vez de metales, empleábanse trapos, cera, incienso y guñapos de dogmas y oraciones.

PEDRO CRESPO

PIDAL Y PELAYO

Covadonga, después de ensalzado y requetensalzado el lugar, es sencillamente admirable. La garganta de rocas recubiertas de vegetación erizada tiene un aspecto imponente y trágico. El río, que baja raudo á borbotones, teñido de rojo por el lavado del mineral de hierro, todavía os da la impresión de un agua que ha barrido despojos sanguinolentos en las quiebras peñascosas de las alturas. No os parece al contemplarlo que la batalla fué hace siglos; la batalla fué ayer tarde.

En el campo del Repelao, donde dicen fué proclamado rey el rey D. Pelayo, un sencillo obelisco, erigido por los duques de Montpensier, conmemora el lugar donde debió darse tregua á la matanza y á la hazañosa brega.

Todo el lugar está henchido de recuerdos, pero de recuerdos estupendos. En un recodo del camino, y en el borde de un desfiladero, os muestran la piedra del resbalón, donde, á decir de la conseja, resbaló la mula de Pelayo, dejando al asirse firmísima en la roca la huella de la herradura. La huella, sin duda alguna, á fuer de manoseada, se ha hecho tremenda, casi del tamaño de una rueda de carro. Más lejos, del enhiesto tridente de unos peñascales, os muestran surgir, esculpido en Peña Viva y con talla gigantesca, la figura del traidor don Opas, el obispo renegado que pagó en aquellas gargantas, al trocarse en efígie pétrea y sarcástica, su traición y su apostasía.

El *Arrostradero del diablo* es una hendidura abierta en la roca como por tajante espada, donde, según la tradición, el diablo arrastró á una mujer enemiga de D. Pelayo que intentó conducir á los agarenos por una senda de salvación. Si os asomáis á la tajadura aún se oye un rumor semejante á sollozos é imprecaciones á ratos, y á cruento debatir y batallar de arrastre en el fondo de las turbias aguas. Son los cantos rodados que bajan de las laderas, os dicen los incrédulos. Es el batallar del diablo con aquella mujer endemoniada, os dice la tradición; el día que aquella mujer endemoniada volviera á surgir del fondo, animaría la imagen pétrea del obispo D. Opas, y ella y el traidor obispo volverían á dar en el Estrecho una mano de paso á los agarenos. Junto á esta mujer, y en el fondo de la tierra, rugen, deseando alzarse, todos los traidores, y es fama que ese tumulto es el que producen los ruidos subterráneos de un molino inmediato.

Todos los traidores á España es fama que van á purgar sus delitos en las profundidades de estas simas, y tanto se van abarro-

que en estos últimos años se oyen los lamentos y el tumulto a flor de tierra. Nada os parece inverosímil en aquellos lugares trágicos de estructura tan siniestra y hecha para la matanza como el filo de un hacha.

En medio de la garganta, como en islote de paz y de sosiego, se alza la hermosa Basílica con los edificios adjuntos, morada de los canónigos, y a sus espaldas, al doblar un recodo, y abierta en una inmensa caja de roca viva, la gruta milagrosa, festoneada de verdura, guarda la capilla milagrosa de la Virgen, el sepulcro del rey D. Pelayo y el del católico y santo rey D. Alonso el I y su esposa D.^a Ermenisenda, hermana de D. Favila.

Inmediata a la gruta, y unida por un pasadizo cortado en escalones en la roca, se alza la antigua Abadía con su severo claustro. Todo es fuerza visitarlo, y de prisa y corriendo visitáis aquellos lugares que aun tan visitados, os dan una impresión de serenidad solemne.

El rey D. Pelayo yace en un sarcófago de losas de piedra, modestísimo, de una pobreza sin igual, no ya para un rey, sino para un ahogado en un rincón de la costa: una verja de hierro, seme ante a la de la jaula de un raposo, si para el sarcófago del espectador, en un agujero de la gruta, y encima una inscripción en tinta, que dice así:

AQUI YAZE EL (SEÑOR) REY DON PELAIO ELLETO EL AÑO DE 716 QUE EN ESTA MILAGROSA CUEVA COMENZO LA RESTAURACION DE ESPAÑA BENEDICIS LOS MOPOS FALLECIO AÑO 773 Y LE ACOMPANA SS MYGER Y ERMANA

Dejáis la gruta apenados por esta impresión de pobreza; llegáis a la antigua Abadía, y en un severo claustro, al lado de la verja de entrada que da al panteón de los abades, os llaman poderosamente la atención dos hermosos sepulcros bizantinos sostenidos por tres leones de la más bárbara escultura imaginable, y teniendo una figura de un hombre a caballo, llevando uno y otro báculos abaciales grabados en la cubierta.

Son dos obras esplendorosas de arte, digno sepulcro de reyes. Debieron pertenecer a dos familias ilustres, que por escritura de 1857 cedieron sus derechos al abito, quien, con excelente acuerdo, cedió el más importante al Sr. D. Pedro José Pidal, marqués de Pidal.

Y oye, lector piadoso, el epitafio que recuerda al viajero las relevantes cualidades de tan eminente patricio al lado de la modesta inscripción en la misérrima tumba del rey Pelayo:

«Aquí yacen los restos mortales del excelentísimo Sr. D. Pedro José Pidal, marqués de Pidal, grande por sus eminentes servicios prestados al Estado, por sus vastos conocimientos en las Ciencias Morales, por sus virtudes cívicas y religiosas. Fué distinguido repúblico, varias veces ministro de la Corona, profundo orador parlamentario, senador del Reino, embajador de Roma, ilustre literato, presidente de la Real Academia de la Historia, fundador de la de Ciencias Morales y gloria de la Patria. Nació en Villavieja, de la provincia de Oviedo, en 25 de Noviembre de 1799, y falleció en Madrid en 28 Diciembre de 1865.»

Leído aquel epitafio, ha perdido para ti, lector, la serenidad y la solemnidad aquel lugar. Dudas si volver a subir a la cueva que immortalizó Pelayo y tirarte de cabeza a la torrentera. Arrepentido de este primer impulso sales de allí verdaderamente consternado. Ya no crees en la leyenda. Allí no se hizo la reconquista. Pelayo fué un pobre polagatos al servicio de Pidal. El propio Pidal fué quien expulsó a los moros, porque estos Pidales son antiquísimos en Asturias. El D. Opas de piedra es un Pidal con toda la barba. El rumor del arrastradero del diablo con la historia de la mujer es una superchería; allí se arastró a los electores que se atrevieron al Principado de Asturias a rebelarse contra la voluntad de Pidal.

Y todavía, lector, queda otro sepulcro bizantino para D. Alejandro, más grande aún que D. Pedro por los sueldos que cobró del Estado, por los momios que disfrutó de todas las Empresas y que también dirá que fué grande por los eminentes servicios que prestó al Estado!

Pobre Sr. D. Pelayo, pobre D. Alfonso y pobre D.^a Ermenisenda y pobre cueva donde pasaron tan estupendas fazañas para acabar en esto!

Cuando pase el tiempo, y al correr de los siglos sólo queden los sepulcros bizantinos, sobrevendrá una confusión histórica originada entre Pidal y Pelayo. Un sabio, el sabio de siempre, que bien puede ser el mismo diablo que arrastra a la mujer, deshará la confusión, y el verdadero señor y conquistador de Asturias será Pelayo ó Pidallo, y los siglos venideros andarán en espíritu más próximos a la verdad que los presentes.

IBERO

La religión de los ricos

En Madrid se pasa mucha hambre; los comestibles andan por las nubes, la población indigente es incalculable, y si contamos la indigencia de levita, enormísima; no se come, se debe al casero y se muere mucha gente de anemia. Pero en cambio hay muchas fun-

ciones de Iglesia, espectáculos gratuitos a donde ir para entretener el estómago vacío y consolarse viendo frailes gordos, párrocos lucidos, cofrades orondos, y beatas rebotando de satisfacción, como quien tiene todas sus pasiones satisfechas.

La novena sería, de una vez, la ópera, el concierto, el Ateneo y el salón de los pobres, por los cantos, el órgano, los sermones y la concurrencia, todo ello gratuito; sólo que los pobres, por regla general, rehusan ir donde no les dejan sino lo peor del local, porque lo mejor se lo reservan los ricos, allí los amos, como en todas partes.

Por los ricos se oye y se pide sufragios, después de tributarles pomposos elogios el predicador que para los pobres, ó no tiene una palabra ó les da consejos de resignación humillante; por los ricos se hace la fe; á los ricos se adula, en su favor se predica, y en su van-gloria arden los cirios, llevan alhajas las vírgenes y suena el bombo de la orquesta.

¿Qué hace allí el pobre? Convencerse más de que lo es y de que nadie ha de ponerse a su lado; ver sobre los curas y sobre las imágenes objetos de valor que contrastan con su miseria y cuyo importe podría aliviársela; saber que el predicador gana por media hora de charla insulsa cuatro ó cinco ó diez duros, el triple de una semana de jornal; ver en la bandeja del petitorio montones de pesetas arrojadas allí por una religión dislocada que despilfarra en el templo lo que debiera destinar al pobre y gasta su compasión en compadecer los dolores de la Virgen ó de un santo que se murió hace diez siglos antes de pasar a la gloria, pero olvida los dolores que á su lado sufren el enfermo y el menesteroso...

Por eso no va el pobre á esas funciones. Sabe que la Iglesia vive de él apartado y en plena adulación á los pies del poderoso, y además nada le interesa de lo que en el templo sucede. Por instinto desprecia una redención que á él no le ha alcanzado, una caridad que no le socorre de veras, una piedad que no hace compasivo al piadoso, y una justicia irrisoria basada en el favoritismo.

Para el pobre, el Evangelio ha fracasado.

J. F.

Mundo para el diablo

Y que no estará Don Satanás contento al ver que Dios ha creado el Mundo casi con el exclusivo propósito de que él tenga poblado el Inferno! Y si no, vamos á cuentas. Las estadísticas dividen á los humanos en:

	Millones.
Mahometanos.....	324
De la religión de Foi.....	300
Budistas.....	277
Cismáticos y herejes.....	213
Católicos.....	210

Esto sin contar con otras religiones de menor cuantía hasta el completo de 1.500 millones en que se calcula la población total del globo terráqueo.

Aun concediendo que la religión verdadera fuera el catolicismo, resultaría que sólo estamos en condiciones de salvarnos 210 millones de seres; y como, según los curas, nos condenamos la mayoría (quizás yo ¡ay! entre ella), apenas si queda fin unas cuantas docenas de gontes disponibles para la bienaventuranza eterna.

Lo cual confirma lo de que: «Dios ha creado el Mundo casi con el exclusivo propósito de que Satanás tenga poblado el Inferno.»

Nuevas tarifas de franqueo

PARA LA CORRESPONDENCIA

En virtud de la reforma últimamente decretada por las Cortes, queda el Gobierno autorizado para implantar, en cuanto lo juzgue conveniente, la siguiente tarifa de franqueo, certificados y seguro para la correspondencia del interior del Reino, posesiones en Africa y oficinas españolas en Marruecos:

Cartas, 0,10 pesetas hasta 20 gramos, aumentándose 0,05 pesetas por 10 gramos ó fracción.

Tarjetas postales sencillas, 0,05 pesetas. Idem id. dobles, 0,10 id.

Impresos, 0,01 por cada 50 gramos ó fracción.

Papeles de negocios, la misma tarifa que para impresos, con un importe mínimo de 0,10 de peseta.

Periódicos, un céntimo por cada 150 gramos, procurando el concierto con las Empresas.

Muestras y medicamentos, 0,05 pesetas por cada 50 gramos ó fracción.

Derecho de certificado, 0,25 pesetas por objeto, limitando á 20 pesetas la indemnización en caso de extravío.

Derecho de certificado para el interior de las poblaciones, 0,10 pesetas. Caso de extravío, la indemnización será de 10 pesetas.

Pliegos con valores declarados, el franqueo que les corresponde como cartas, según su peso, el derecho de certificado, y, además, en concepto de seguro, 0,10 pesetas por cada 500 pesetas declaradas ó fracción.

Pliegos de valores declarados con fondos públicos y demás valores cotizados, el franqueo correspondiente como cartas, según su peso; el derecho de certificado, y en concepto de seguro, 0,05 por cada 500 pesetas declaradas ó fracción.

Objetos asegurados, el derecho de franqueo, á razón de 0,05 pesetas por cada 50 gramos de peso ó fracción; el de certificado y el de seguro, igual al señalado por los valores declarados.

Valores en metálico, 0,35 pesetas, conjunto de los derechos de franqueo y certificado, cualquiera que sea el peso.

Interior de las poblaciones: Cartas, 0,05 por cada 20 gramos ó fracción. Tarjetas postales sencillas, 0,05. Idem id. dobles, 0,10. Restantes clases, 0,05 por cada objeto, no excediendo lo su peso de 500 gramos.

La tarifa de apartados en las poblaciones en que se suprime el derecho de entrega á domicilio de las cartas del interior del Reino será la siguiente:

Apartado ordinario, 1,50 pesetas al mes.

Item con casillero americano de la dimensión más reducida, 2,25 pesetas mensuales.

Por cada vez que se duplique la capacidad de la caja, una peseta mensual.

El Gobierno podrá aplicar la anterior tarifa de apartados, cuando las circunstancias lo aconsejen, en todas las poblaciones que lo estime conveniente, aunque subsista el derecho de reparto á domicilio.

Lo que enseñan los animales

In illo tempore, el hombre se consideró dueño y señor de todo lo creado. Todo había sido hecho para él. El sol, la luna, las estrellas, el universo entero, giraban en torno de la tierra. Y en la tierra, bella como un paraíso, era él el centro, el rey. Para él habían sido hechos los ríos, y los lagos, y los mares, y las montañas, y los vientos, y las fuentes, y las flores. Para él los arroyos cristalinos, la música regalada de los pájaros, los murmullos de la selva, la sombra de los árboles, la bóveda azulada del cielo. Para él la lluvia benéfica, el fresco rocío, la nieve blanca, la tempestad rugiente y vengadora. Para él el calor, padre de la vida; la luz que la enciende, el aire que la difunde y comunica. Todo, de tejas abajo, para él. Y de tejas arriba Dios, el buen padre, el padre eterno, el señor eminente, el dueño del directo. Sólo á él le debía el hombre homenaje. Sólo á él tenía que rendirle pleitesía. Y, en cumplimiento con él, asunto concluido. La tierra, bella como un paraíso, era su dominio útil.

¿Qué diferencia entre el hombre y los animales! Aquél, aunque de miserable barro, había sido hecho á imagen y semejanza de Dios. Tenía un alma inmortal. Tenía un libre arbitrio, bastante á salvarlo ó á perderlo. Tenía una razón que era como un chispazo de la mente divina. El animal, en cambio, había sido hecho, como todo, para el hombre. Abandonado á sus instintos, sin libertad, sin razón, estaba condenado á moverse en las bajas, groseras regiones de la materia. Entre el animal y el hombre nada de semejanza, nada de común, á no ser el barro del cuerpo. En todo lo demás un abismo insondable, inmenso.

Las cosas han variado un poquito. La pícarra ciencia, materialista, atea, sugestión de Satanás, el demonio rebelde, ha arrebatado al hombre su cetro de caña y dadole una palanca de hierro. La ciencia impía ha hecho del hombre un animal más, todo inteligente, todo lo libre que se quiera, pero un animal al fin, hijo de la tierra, con raíces en las regiones últimas de la vida. Entre el más ínfimo infusorio y el *homo sapiens* nada de abismos; sólo una cadena, una jerarquía, de la cual es el primero de los mamíferos el último eslabón, el grado supremo. Y á pesar de las semejanzas, de las diferencias, de la distancia enorme, colosal, es la evolución recorrida para todos una misma ley, fatal como todas las leyes de la naturaleza.

Cuán fecunda ha sido esta orientación nueva del pensamiento en enseñanzas para la humanidad soberbia! En cuántas cosas el hombre es inferior á muchos animales! ¿Cuán por el ajo se halla el *homo sapiens* de ciertos brutos en orden á hechos que entrañan una importancia vital para el especie!

¡Qué hermosa, qué grande entre los animales la lucha por el amor! El premio es siempre, como en los antiguos gloriosos juegos olímpicos, para el vencedor. La hembra elige entre cien seducciones y se rinde al más bello, al más fuerte. Hay un derroche de colores. «El lenguaje», dice Darwin, «no puede describir el esplendor de los machos en algunas especies de lepidópteros tropicales.» Hay un derroche de sonidos. No sólo los pájaros, hasta los insectos cantan para seducir á la hembra. Y tu go viénen los juegos, las paradas. Según cuenta Agassiz, el canario meridional implora á su hembra con los cantos más tiernos; canta en su rama hasta erizar las plumas de su cuello, alarga su cola, vuela de manera desusada, torna á su rama y canta, canta siempre. Otros pájaros danzan, derroche el cuerpo, las alas y la

cola arrastrando, echada hacia atrás la cabeza, abierto el pico, los ojos casi cerrados. Oros extienden la hermosa cola, dejan caer las alas y se asean brillantes y vanos a la hembra codiciada. Y hay verdaderas luchas, verdaderos combates, después de los cuales la hembra otorga su don al vencedor. ¡Qué diferencia entre esto y aquel repugnante, odioso mercado de que habla Schopenhauer donde las bellas se compran á peso de oro! Mujeres hermosas, sanas, fuertes, que se unen con cretinos acaudalados; machos vigorosos que se unen con hembras raquíticas, ricas herederas; prostitución que la sociedad admite y hasta consagra... Eso, para mengua de nuestra estirpe, sólo lo hace el *homo sapiens*. Eso sólo lo hace el rey de la C. evasión.

La unión de macho y hembra es en algunas especies animales íntima, dulce, costante. Hay ejemplares que son un modelo de fidelidad conyugal. Ciertos pájaros—dice el conde Gourcy—se profesan el más tierno amor. Macho y hembra están siempre juntos, y cuando uno da rme el otro le cubre con su ala. La muerte de uno de los va casi siempre seguida de la del otro. Brehm refiere también casos que pueden servir de ejemplo de amor conyugal. Y, como estos, otros muchos naturalistas. Hay sin embargo *homo sapiens* que, desmintiendo lo de *sapiens* y queriéndose en *homo*, se casa cinco veces. Y lo hay que propina á su mujer cinco patizas diarias.

Mucha es, sin duda, la distancia que separa al último de los infusorios del primero de los mamíferos. Enormes han sido los progresos realizados por la especie humana. Mas, en ciertos aspectos, hay animales de los que el hombre—aun el hombre civilizado—tiene bastante que aprender. De aquí la vuelta á la naturaleza como una aspiración de los más grandes hombres de nuestro tiempo, aspiración que culmina en el extraordinario, prodigioso Nietzsche. La moral de Nietzsche es la moral natural, que se rebela contra códigos estúpidos y prácticas hipócritas, malvadas...

ALVARO DE ALBORNOZ

¡NI DESPUÉS DE MUERTO!

De de que ven los curas que sus ingresos merman por los muchos ciudadanos que quieren reposar en los cementerios civiles, se afanan por llevar á los suyos á los librepensadores.

¿Y aquello de heregía, impiedad, profanación de camposantos y demás zarandajas? Todo olvidado ante el temor de que mermen las entradas.

Si esto sigue, probable es que cuando yo estire la herética pata, traten de conducirme al cementerio católico. Mas les juro desde ahora á los que tal intenten, que llevaré un revólver á prevención y descerraré un tiro al grajo que tenga más cerca.

¡Ahí es nada lo de llevarme á un sitio donde pudiera estar al lado de un presbítero!... ¡Dig!, y con lo que apostan en vi-a ¡Estarán apáticos después de muertos! Tendría yo que estar constantemente llevándome el pañuelo á las narices.

Y esto nunca. ¡Antes morir!

¡DICHOSAS MONJITAS!

En un artículo titulado *Monjas lavanderas* probé hace tiempo que estas piadosas hormigas habían acaparado el lavado y planchado de ropa de todos los vapores que tocan en nuestro puerto, y que la mayoría de las casas navieras domiciliadas en Barce-lona eran protectoras entusiastas de todos esos conventos, donde trabajan como negros... las asiladas.

Así como un cuerpo sucio se llena de parásitos, así las sociedades y los pueblos, cuando se entregan á la roña clerical, se llenan de frailes y de monjas que crecen, se desarrollan y todo lo infestan. No pasa día sin que veamos por esas calles nuevos hábitos de todas formas y colores; á las ocho de la mañana ya se echa á la calle el ejército monacal de la pordiosería; van en parejas ó solos, acompañados de un chico ó chica con cara de idiota, armados de una especie de guía ó cuaderno donde constan los domicilios de los donantes ó de personas ricas y fáciles en abrir la bolsa. Es un teje maneje de subir y bajar escaleras, de llamar en los pisos, que aturde; para ahorrar tiempo utilizan los tranvías, omnibuses y hasta coches particulares, como las Hermanitas de los pobres.

Cuando estas parejas pedigüeñas se cruzan por las calles ó en un portal, se miran, se sonríen y se guían el ojo como diciéndose: —Pero ¡cuánto tonto hay en el mundo! Unos á otros se corren la voz de las casas donde dan limosnas, y como una vez tengáis la debilidad de darla, ya estáis perdidos: vuestra casa parecerá un convento de ambos sexos. Cierta día llamaron á mi puerta en ocasión de estar yo solo; abrí y me encontré con dos monjitas limpias, guapas, de tocas rizadas y coquetonas, y con una mirada tan dulce y penetrante, que era cosa de envidiar á su capellán.

—Una limosna, señor, para las niñas huérfanas.—Se la di; no tuve valor para dar una negativa cruel á tan lindas, acicaladas y amables monjitas. ¡Nunca lo hubiera hecho! Al día siguiente llamaron á mi puerta

a las Hijas de María Auxiliadora, las Oblatas y los Hermanos de San Juan de Dios, y en los sucesivos las Madres de los Desamparados, las Trinitarias, las siervas de María, las Hijas del Buen Pastor, las Josefinas, las Terciarias franciscanas, las Adoradoras, las Hijas de Cristo, las de la Providencia, las de la Esperanza; en fin, toda la fauna y flora monjil que decora el vergel de la santa Iglesia. Como todos se retiraron con las manos vacías, volvió a correr la voz y la paz tornó a mi tranquilo hogar.

Esas limosnas que se dan a esa gente no llegan a los niños, huérfanos, ancianos y enfermos sino en forma de mendrugos de pan que compran en las traperías y agua sucia que pasa por caldo. ¡Oh y cuánto daría yo porque esas personas de buen corazón que dan su dinero a los asilos y refugios pudieran un día, sin previo aviso, sorprender la verdadera comida de los asilados! El rancho de las cárceles es un menú de *Chester Maxim's* o de un banquete palatino comparado con aquella bazofia repugnante de los conventos.

Yo conocí una señora muy rica que favorecía mucho un asilo, que se plantó allí a la hora crítica de dar la comida a los huérfanos. ¿Qué hicieron las monjas ante tal conflicto? Pues una cosa muy sencilla: servir a los asilados la comida que tenían preparada para ellas, que era selecta y abundante, y después invitaron a la señora a que pasara a su refectorio. Asombrada ésta de ver comida tan mala y mezquina, les dijo: —Hermanas, esto es demasiada mortificación; Dios no exige tanto. —Y la superiora le dijo: —¿No es mejor, señora, que coman los huérfanos, que son tan desgraciados, y no nos otras? —La señora salió de allí derramando lágrimas, y desde entonces duplicó sus donativos. Puedo citar nombres y convento si hace falta.

Pregunten a los niños recogidos en la Casa de Caridad, en San Juan de Dios, Trinitarias, San José de la Montaña, etc., etcétera, cuántos chorizos, pollos y jamón se comen. Y, sin embargo, en esas casas los hay, y muchos; en San José de la Montaña hay una de pollos, cerdos y gallinas que espanta. ¿Quién se come estas cosas? Porque lo que es los asilados no las prueban, esto es seguro, y ellos mismos lo dicen a todo el mundo. En la Casa de Caridad entra de todo lo bueno que Dios crea y hay una despensa superior a la del más rico palacio; pero todo aquello se evapora, y los recogidos sólo comen sopas agrias, sin grasa, y como balas. ¡Son unos ángeles las Hermanas!

Entre los frailes y monjitas que pedían por las casas los hay listos y avisados, que se van haciendo su bolsita particular por lo que pudiera tronar. Yo conozco a un lego de cierta Orden mendicante que ya tiene en títulos de la Deuda más de 6.000 duros sin que lo sepa la comunidad; otra monjita lleva todos los meses sus sisas a la Caja de Pensiones, y hubo un hermano, los Padres Agonizantes deben saber algo de esto, que con las limosnas que recogía entraba en los cafés, y se daba cada atracón y cogía cada borrachera, que llamaba a Dios de tú, sin perjuicio de ir llenando su gato en privado. Como estos tipos los hay, por docenas, y hacen muy requetebién, y les aplaudo el procedimiento, porque es lo que me decía a mí en cierta ocasión una hermana de la Caridad que también se hacía su bolsa particular: —El mejor día estas tías le plantan a una en la calle y tiene una que agarrarse al estropajo otra vez. —No la plantaron, que se salió ella de la congregación; pero hoy no se dejaría ahorcar por diez mil duros.

Después de esta mendicidad perpetua monjil viene el acaparamiento que estas mujeres hacen de todas las labores, oficios y profesiones femeniles, haciendo una competencia a las obreras, que son su ruina, pues como las monjas no dan jornales a las asiladas, que son las que trabajan, la comida es ilusoria y además hay devotos que costean su sosten, pues todo son ganancias por barato que trabajan.

Un hecho más que añadir a la larga lista que llevo citada en diversas ocasiones: La casa Bartrina, S. en C. (ronda de San Pedro), se dedica a la fabricación y venta de postales al por mayor. Proporcionaba trabajo a numerosas mujeres en la iluminación de postales, pagándolas a dos pesetas el ciento. Un día se presentaron unas monjas.

—¿Queríamos iluminar postales.
—No puede ser; tenemos personal suficiente y además hay en ellas asuntos bastante... escabrosos para un convento.
—No importa; siendo para trabajar, aunque el asunto sea inmoral, no es pecado. ¿Cuánto pagan ustedes?
—A dos pesetas el ciento, pero bien hechas.

—Nosotras se las haremos a seis reales. Se trataba de una economía del 25 por 100 y el comerciante está a su negocio. Les dieron una partida de postales, y al día siguiente volvieron iluminadas. Suponga el lector los pensamientos y sensaciones íntimos de monjas y educandas entre ciertos asuntos de las postales.

Ya lo sabéis, obreras: vuestro enemigo es la monja. Si no procedéis con energía os limpiarán el comedero.

FRAY GERUNDIO

Cuando veo que se piden respetos para los curas, no por sus virtudes, sino por el

Dios a quien representan, me sonrío irónicamente, pues pienso que están respecto a ese Dios en la relación de categoría que los polizontes de la secretaría al ministro del ramo.

Y aún me parece que exagero.

ACOGERSE A SAGRADO

Oigo decir que hay hombres que huyen de la religión para lanzarse sin freno por la senda del mal, y me sonrío. ¡Valientes necios serían los que tal hicieran!

Las religiones, especialmente la católica, son terribles hasta la exageración con los que le rinden culto; y siendo así ¿qué necesidad tienen los inmorales de abandonarla? Creo, por el contrario, que todo aquel que ande divorciado de la moral debe acogerse a sagrado. La religión le servirá para ocultar sus faltas, como las flores y las coronas que se echan sobre los cadáveres para cubrir la podredumbre.

Manifiesto a los españoles

Cumplimentando los acuerdos tomados en la Magna Asamblea celebrada en los salones del Centro Ga. lego de la Habana, en la noche del 13 de Junio, por iniciativa de las Sociedades «Unión Orensana» y «Rosafía Castro», y a la que se sumaron representaciones de las demás regiones que integran en Cuba la gran familia española, para protestar de los inicuos atropellos perpetrados en Osera (Orens), nos dirigimos al pueblo español y elevamos a su conciencia noble y suprema los gritos de dolor que piden una reparación ejemplar en gracia a la justicia.

Negada toda esperanza de cumplimiento de la Constitución de España; negada toda esperanza de equidad y derecho; negado todo el medio legal para obtener reparación a los atropellos que contra el pueblo a diario se perpetran, sólo puede verse sus ojos la conciencia contrastada a ese mismo pueblo, único de los elementos constitutivos de la nacionalidad, por cuyas venas no corre sangre de corrupción.

Al pueblo español, pues, nos dirigimos; mirate atropelado, mirate vejado, escarnecido; mirate esclavizado y mirate en el acto en que te manifiestas protestando, fusilado en las gradas del templo de Osera. Mirate los músculos tuos, y piensa que la única fuerza verdadera, radica en tu fuerza; que el único derecho verdadero, es tu derecho; y la única ley que merece acatamiento, es la ley por ti dictada. Para obtenerla, acumula fuerzas y prepárate con recursos físicos, porque las razones morales, de puro asistinos, van nos ahogando.

Unísono en torpe maridaje las oligarquías civil y eclesiástica para alterar la tranquilidad patriarcal de los montes de Galicia, y cayeron bajo sus golpes asesinos los indefensos labriegos: hombres, mujeres y niños, por el delito enorme de defender la posesión de una joya artística que lleva engarzados gloriosos recuerdos de su historia.

La imponente asamblea a que hacemos referencia, cree que ha llegado el momento oportuno de apearse al imparcial sentir del pueblo español, para que éste, con la autoridad que presta el consentimiento universal de las gentes, señale con el dedo a los causantes directos del horrendo crimen cometido en Osera, pronunciando su fallo inapelable que él mismo sabe hacer cumplir en todas sus partes, el ansiado día de las grandes reivindicaciones; porque contra las tropelías del poder y de la autoridad; contra los abusos de la oligarquía; contra los desmanes del muser y de la espada, encuéntrase la razón y la conciencia, capaces de determinar el poder ejecutivo de la justicia popular, casi siempre reñido con el de la justicia oficial, sumando a la fuerza de la idea la idea de la fuerza.

Pueblo español: cualquiera que tus sentimientos sean, perteneces a la fracción que pertenezcas, no olvides que por sobre todas las conveniencias humanas está el respeto que se debe a tus derechos, que son los únicos derechos y la plenitud que se te debe a ti, que eres el Absoluto, y en los días en que se pueda escuchar tu voz, acuérdate de Osera.

Habana, 14 de Junio de 1909.

DR. CONSTANTINO HORTA. — DR. RAMÓN ARÚS — MANUEL VÁZQUEZ GUTIÉRREZ. — A. VILLAR PONTE. — LUIS FÚSTER. — MEDARDO LAFUENTE. (Siguen millares de firmas).

ESCENA ARISTOCRÁTICA

La señora duquesa estaba de un humor de todos los demonios y la cosa no era para menos. En vísperas de emprender el viaje de verano, tenía la mar de cosas que hacer y faltaba completamente el tiempo necesario. ¡Por dejarlo todo para última hora! El día anterior había repartido más de cincuenta tarjetas «p. p. c.» las más indispensables, pero ahora tenía delante al formidable don Nicomedes, el administrador, que la hablaba de cincuenta asuntos importantes que habían de quedar resueltos antes de tomar

las de Villadiego. ¡Qué fastidio tener que ocuparse de algo serio, y, sobre todo, tener que resolver e á pensar, á hacer cuentas, á bajar hasta la prosa de la realidad! D. Nicomedes era inexorable como una suma, triste como una resta y elocuente como una ecuación de segundo grado.

—La señora duquesa gasta más de lo que tiene de renta y, por lo tanto, va disminuyendo el capital á marchas dobles. ¿No podría veranearse con menos de 100.000 pesetas? ¿Qué necesidad hay de gastar tanto dinero?

—No puede rebajarse un céntimo de ese presupuesto. La villa en Biarritz para tres semanas, el chilet en Suiza, la estancia en Vichy, el mes en París, todo era absolutamente indispensable. Pensar en no llevar el automóvil, suprimir el chauffeur ó una sola doncella er pensar unas cuantas rías que aterrorizaban. Nada, nada, las 100.000 pesetas acaso no bastaran.

—Recuerde, además, la señora duquesa que este año ya no se cobra el alquiler de la dehesa de Exr madura, porque se la hemos regalado a los jesuitas. Piense también que hay que pagar al condado los 14.000 francos del altar del Sagrado Corazón y dar las 3.000 pesetas para los baños del Padre Pérez.

—Bueno y qué? Me parece que no hemos de arruinarnos por esas menudencias.

—Yo no sé por qué menudencias nos arruinamos, pero creo que efectivamente vamos a un cataclismo.

—Tire usted de la cuerda en otros gastos. Por ejemplo; ¿no es un despilfarro que esta casa permanezca llena de criados durante todo el verano?

—Son antiguos servidores y no sabrían donde ir para comer durante tres ó cuatro meses.

—Esa no es cuenta mía, y todo el mundo lo hace así, despidiendo los criados y tomarlos en la temporada siguiente.

—Con franqueza; o apruebo esa economía que, por otra parte, es insignificante.

—Suprima usted también esos cinco duros que damos para la colonia esolar. No sé lo que es, pero me ha dicho el Padre Pérez que se trata de algo liberalesco.

—¿Qué contestó a la carta de Rodríguez, el antiguo cochero?

—Que no se puede dar á todos. Si se quedó paralítico en el ejercicio de sus funciones, yo le pagué puntualmente su salario.

—Se trata de 50 pesetas para que vaya á los baños de Trillo...

—Lo siento mucho, pero no puede ser.

—La sobrina de la señora duquesa estuvo esta mañana en mi despacho y...

—A pedir algo, de seguro.

—Es digna de compasión.

—A nadie se la inspira más que á mí; pero, en primer lugar, es sobrina segunda; además, su marido fué un calavera que derrochó cuanto tenía y luego se pegó un tiro, y la tal viuda constituye una peiguera intolérable.

—Traía al niño y vi que está hecho un esqueleto. Quisiera sacarlo unos días de Madrid...

—Claro, y que yo pague el veraneo. Cuando venga mañana la da usted un duro para que coma un par de días.

Un criado. —«El Reverendo Padre Pérez.»

—Que pase inmediatamente. D. Nicomedes; hemos terminado y hasta la vuelta.

—Que lo pase bien la señora duquesa.

El Padre Pérez. —De seguro conspirando con el buen D. Nicomedes en favor de los pobres.

Duquesa. —Se hace lo que se puede.

El Padre. —Es usted un angel, señora duquesa, y en el cielo recibirá usted la recompensa.

UN SACRISTÁN MADRILEÑO

Confeccion del "monstruo"

Del religioso al "clérigo"

Al Nuncio de Su Santidad y al Sr. marqués de Figueroa.

II

Excelentísimos señores: Vimos al niño arrancado del seno materno con el forceps de la conciencia artificial y atraído al útero de la Iglesia con soplo de e tómagos voraz; no para concebirlo y engendrarlo, sino para tragarlo y reencarnar en él el sér eclesiástico. Sumergido en ese abismo, la Iglesia infiltrase en él por todas las vías de los sentidos, secuestra su impresionabilidad, y fuerza su afectividad hasta adaptarla á su gusto, siempre bajo pena de la vida, del suplicio, de la excomunión humana y de la muerte. No finjan SS. EE. extrañeza ni ignorancia; á medida que el individuo se desarrolla y va naciendo á nuevas necesidades vitales, la Iglesia se halla en la espera desarrollando la amenaza. El cachete del padre y el odio de la familia pasa á ser la vara del maestro y la expulsión de la escuela cuan-

do el sér llega á niño: conviértase en el calabozo y castigo del Colegio y en la mala nota universitaria, cuando llega á joven, extendiendo á la vida moral el suplicio, y á la vida social la expulsión aquélla y aquél odio; y cuando llega á hombre, ahí está la ex omunión mayor y la hoguera inquisitorial, último grado de las tenazas eclesiásticas. «No obliga á nadie á nada» sino bajo pena de todas las vidas: familiar, social, moral, psíquica y física.

Dos mil años lleva la Iglesia preparando la red que ha de aprisionar al niño. La familia y el atavi-mo llevan una fuerza impulsiva dentro del germen y convierten el hogar en celda preparatoria. La Iglesia acude á la puerta de los padres, como gitana cazadora de niños, seduciéndolos con el lenguaje de su brujería hipocretista: «dame el hijo para bautizarle y hacerle ciudadano de cielo». Con esta seducción arrebató sus hijos á las madres de Savonarola y Juan de Arco; á las 600.000 víctimas de las Inquisiciones; á las madres de los millones de hijos sacrificados sobre el ara del altar, donde es degollada la Humanidad para calmar el bando del «Cordero de Dios». Ella se guarda de decir á la madre: «dame el hijo para poderle quemar vivo», para despedazar sus carnes en el potro y para que el cuerpo de la virgen encienda con sus contorsiones la concupiscencia de los Cardenales Inquisidores.

Constitución cerebral

Veinticinco años lleva gestando en su útero al nuevo sér. Por los sentidos no han pasado más impresiones que las suyas: en la sustancia gris del cerebro no queda una célula que no esté impresionada, debilmente: no queda una fibra nerviosa ó muscular que no esté habituada á su movimiento ó que pueda moverse de distinto modo sin provocar el distoque y contorsión: las impresiones, afecciones y razones, engendrándose unas á otras, se enretejen en red tupida, é impermeable, refractaria á toda otra impresión.

Fisonomía y mímica

Ya está formado el cerebro y ya están en tensión habitual todos los órganos. Expresivos: sólo hay sustancia eclesiástica. La falta de actividad de unos músculos y el ejercicio continuo de otros; la contracción permanente de éstos y la tensión continua de aquéllos, han formado en la superficie prominencias y surcos, entumecimientos y vacíos: ya está hecha la fisonomía clerical. Ya se ha adquirido la posición devota, ya tienen callos las rodillas, ya los ojos miran á su manera, ya la voz está entonada, ya las manos gestican an piedad, ya el cuerpo sabe estar sentado convenientemente: ya está el «clérigo-mímico». Cada órgano y cada visera segrega una energía especial y un humor especial; el ejercicio inmoderado de unos órganos y la parálisis de otros hacen una combinación química especial: es el «clérigo-químico», con olor particular, con magnetismo particular, con fosforescencia particular; el clérigo está hecho y especificado; se distingue en todo; come sus cosas á sus horas y á su manera; engulle á su manera, duerme á su manera, evacúa á su manera, tose á su manera, rie y se enfurace á su manera, se irrita y se venora á su manera, sienta á su manera, piensa á su manera, vive á su manera: la vida clerical es completa y distinta de la de los demás, como la teja se distingue del goro frizo, como del patito se diferencia el capisayo, y como el venturoso canónigo y el infortunado prior se distinguen por su apellido y por su mímica de la bella Chelito, ¡vive clerical!

Temperamento moral

A tal constitución física corresponde una constitución moral. Viam á las relaciones que él siente tener con el mundo, allá en aquellas capas corticales del cerebro, depósito de las impresiones, transformadoras de ellas á la sensibilidad subjetiva y sus transmisoras á la afectividad del individuo.

El espacio y el tiempo para el clérigo

Todo se reduce á dos fenómenos: tiempo y espacio. ¿Cómo los siente el clérigo? Negativamente. Él no pertenece al tiempo, sino á la eternidad: siente á ésta y no siente aquélla. El tiempo le habla, como si no le hablase; en el eterno clerical todo suena á eternidad como onda directa ó como eco. Y porque no lo siente, lo desprecia pro unamente y lo odia entrañablemente. Su tiempo no tiene tiempo. ¿Cómo lo concibe? De ninguna manera: él no necesita concebir ni comprender; basta blasfemar y odiar. Este Tiempo es nada: una espera, una peregrinación, un suplicio.

El no pertenece á la familia, ni al pueblo, ni á la patria, ni al planeta, ni al universo: él es de más allá, viene de más allá, va más allá y vive más allá. Se siente extranjero: hablan los astros, el sol, los vientos, las olas, los pájaros, los hombres: el clérigo ni entiende ni escucha... ¡á lo suyo! ¡á su ideal! La tierra le sustenta, el sol le calienta, el agua le refrigera, el fodo, el hierro, el azufre, el arsénico, la sal y el agua le nutren, forman su cerebro mismo y sus mismas imágenes: nada siente, nada agradece! Tiene lástima al físico, compadece al médico

Hacia un año, en una noche tan inelmente como la de ahora, nevando tan aprisa cantando el viento el mismo himno brutal contra los pobres, hacía un año que su infeliz hermana había muerto. El niño saltó de jergón, horrorizado ante el gesto estúpido.

de la pobre moribunda, escatofriado por s chispas de nieve que caían sobre la cama de la expirante, y se escondió en un abrazo ansioso contra la otra loba. Esta, aturdida como una imbecil de velar toda la noche, de pasar miserias, de gastar su cuerpo para adquirir las medicinas y el pan, vió llegar la muerte con la cabeza caída y en un sollozo estrangulador.

Espantada en aquella soledad, en aquella impía y bárbara ausencia de caridad humana, en aquel abandono de Dios, tapó los ojos, estrechó al huerfano y no se atrevió á echar una más sobre el jergón podrido. La moribunda abrió la boca. Y cuando el último estirón sonó con demasiado estruendo en el hoyo de paja, ella, la hermanita, echó furiosamente sus brazos sobre la muerte y lloró con gritos y maldiciones. — Hermana, hermana mía! ¡Qué desconsolada y triste y hambrienta te vas! ¡Qué abandonados nos dejás en este bárbaro mundo de malas gentes, en este mundo de ladrones y de cochinos!... ¡Madre, madre mía, madre mía, de mi corazón, llévame contigo, yo quiero morirte también!... Siguió un hipando un gemido destructor que salía desgarrando las entrañas.

El temporal chispeaba la nieve á través de las rendijas sobre la cama de la muerta. Un frío bárbaro lo helaba todo, como si se hubieran condensado en uno el de la muerte, el de la nevada y el del egoísmo de todos los corazones de aquella vecindad...

A la hora próximamente notaron señales de que alguien llegaba, y una ligerísima esperanza de almas buenas levantó la tristeza grande por un momento. — Vienen, ¿verdad, hijo mío? ¡Si no nos faltará quien nos ampare!... Sonó un golpe en la puerta y se alegraron. — ¿Quién es? — ¡Oye, somos nosotros!... ¡Ya sabes!... ¡Fuera de ahí!... Se ha muerto mi hermana; dejadme en paz, ó salgo y os ahogo. Marchaos, canallas; os aborrezco; prefiero el hambre, prefiero el presidio, la horca... Dejadme, ¡parece mentira, Dios mío de mí alma!...

Se tumbó, revolotándose contra la puerta, aullando un quejido triste, mordiéndose las carnes, maldiciendo aquella impiedad de todo un mundo, desesperando de un Dios sin misericordia. Ellos dieron patadas á la puerta, tiraron nieve por la ventana, la insultaron, la llamaron loba, cochina, se mofaron del dolor, corearon la angustia monótona del niño... Y cuando, amaneciendo ya, llegaron los serenos y le mandaron abrir, la nieve blanqueaba como un molde de yeso toda la línea ondulosa de la muerta; la viva estaba con actitud estúpida senta en mitad del cuarto con el niño tumbado con la cabecita sobre las faldas...

Y después de un año, vista por todos aquella miseria terrible, aquella degradación injusta y acumulada, volvía á encontrarse en igual situación? ¿No había autoridades, ni pan de sobra, ni escuelas para el hijo, ni corazones buenos? Continuaban eternamente todos los habitantes llamándole loba, mala mujer; seguían todos mofándose sangrientamente del niño, insultándole, echándole por las noches de la casa, mientras se quedaban ellos dentro, y llamándole después en las calles hijo de una mala!... sinvergüenza... y cosas por el estilo. — ¡No quiero abrirte, no! Déjame en paz; ya te he dicho que estoy mala, que quiero pasar la noche solita con mi niño. Déjanos; queremos morirnos aquí dentro, como los lobos, tapiados en la cueva por la nieve. Ahorreo el de nuevo, insultando con la mala lengua de la embriaguez cobarde, con la mala entraña de la lujuria hambrienta. — ¡Abre, loba, puerca, estúpida!... ¿Te crees que vengo sin cuartos? ¡Maldita seas! ¡Abres, ó tiro la puerta! Y empezó á tirar pedazos de hielo por las ventanas desventajadas y á dar enormes golpes á la puerta.

Pero de pronto, recogidos todos los rencores contra el mundo canalla, ahogados los gritos de desahogo en el corazón vengativo y acuchillado ferozmente, arrastróse la loba desde el fogón hasta la puerta como una serpiente voraz... Escuchó de nuevo más insultos, oyó con placer de Caim las bárbaras desvergüenzas, y riéndose casi, escuchó un insulto que le sonó como un salvazo en la cara. — ¡Calla tú, llobón, hijo de mala madre! Abrió ella la puerta suavemente, le llamó y, al entrar alegre, le metió un cuchillo por la garganta.

— ¡Ven, hijo, ven! Ríete; mátales tú también... ¡Que nos la paguen!...

R. SÁNCHEZ DÍAZ

PROPAGANDA AGRARIA

Las dificultades que el propio agricultor opone á la extensión de las doctrinas y de las prácticas modernas agronómicas, está perfectamente explicado en el caso que á continuación referimos, y en el que interviene una persona de nuestra más absoluta confianza.

Suprimimos nombres propios por evitar molestias, y porque en realidad puede repetirse el hecho en el 80 por 100 de los pueblos españoles.

PERSONAJES:

D. JUAN, joven agrónomo, lleno de entusiasmos en la obra de propaganda agrícola. EL TÍO ROMÁN, agricultor algo influyente en el pueblo. (Varios labradores y lugareños).

ESCENA I

En medio del campo. — Todos los personajes.

D. JUAN. — Vosotros, por sí solos, tal vez halléis inconvenientes para la compra del abono; pero si os unís á los demás que aquí en este pueblo labran y tienen fincas, con muy poco dinero podéis probar, y si os da buen resultado, continuar con el sistema.

EL TÍO ROMÁN. — ¿Unirnos aquí? Eso no puede ser. Tan y mientras viva el tío Andrés y todos los granujas que le sigan, en este pueblo no habrá paz.

D. JUAN. — (Desearo aprovechar aquellos odios para establecer una competencia benéfica). Pues la gente del tío Andrés piensa comprar superfosfatos, y día llegará en que se burlen de vosotros.

EL TÍO ROMÁN. — ¿Ellos comprar eso que usted dice? Pa engañarle á usted y pa venderle un favor, si que se lo habrán dicho.

D. JUAN. — Pero ¿qué favor creéis que pueden hacerme á mí? Si el favor quiero hacerlo yo á todos.

UN LABRADOR. — Y además, toos esos polvos quemán la hierba.

OTRO LABRADOR. — Matan el prao...

D. JUAN. — Probar en poco terreno y veremos quién tiene razón.

EL TÍO ROMÁN. — Too eso son romances, y praos hemos tenido siempre sin echálos denguna cosa.

ESCENA II

D. Juan y el tío Román en la casa de este último.

D. JUAN. — No quiero marcharme sin que probéis los abonos minerales en vuestros prados. Luego traerán dos sacos de abono mineral, y en cualquier rincón de un prado tuyo los desparramas y luego te fijas en el resultado.

EL TÍO ROMÁN. — Y ¿quién paga los sacos?

D. JUAN. — Los pago yo. Es un regalo que te hago.

EL TÍO ROMÁN (hablando consigo mismo). — Me regala los sacos... Y á él ¿qué le puede importar que yo siegue más hierba?... A mí no me la da nadie por muy señorítico que sea... He comido muchos panes pa servir de risión...

ESCENA III

Es una noche oscura como boca de lobo, á causa de la niebla. El tío Román sale de su casa con un saco de los regalados por D. Juan, y como amedrentado ma hechor camina sin hacer ruido alguno. Por fin llega á un prado, no lejano al pueblo, salta la cerca y esparce el abono contenido en el saco. Hecho esto, vuelve á su casa, de donde sale á los pocos momentos con el otro saco, repitiendo la operación.

ESCENA IV

Han transcurrido unos meses desde la escena anterior.

El tío Román. — Varios lugareños.

UN LUGAREÑO. — Y que están de suerte... ¡Cuidado con la praera que se la ha puesto al tío Andrés en la salta del pueblo!

EL TÍO ROMÁN (algo contrariado). — Porque semos burros no están nuestros praos iguales... ¡Sabiendo el secreto!...

EL LUGAREÑO. — Pero ¿qué que lo sepa usted. ¿Y qué hace, que se lo calla?

EL TÍO ROMÁN. — Tu crees que pa mí sirvió la novena que el tío Andrés pagó á la Virgen. Ogaño algo más pagaré yo, y veremos quien me gana á tener buenos praos.

ESCENA FINAL

El tío Román solo.

Pagaré la novena pa que estos crean en el milagro; pero algunas noches oscuras no me irá el prao del tío Andrés pa amolarle con ese abono del señorito, sino que serán mis praos los que lo reciban... Porque la Virgen ha hecho el milagro, pero de algo habrán servido también aquellos sacos que yo esparramé, creyéndome que harían más mal que provecho.

(Vida Rural.)

J. A.

Cristo nos redimió, según me parece haber oído.

Estamos cada vez más pobres y más desesperados.

Luego hay que darle la razón á Roberto Robe-t cuando decía:

«¡Pues no veo la ganga de la redención!»

Baza mayor...

Desde el punto de vista de la razón, el cura y el fraile significan para mí lo mismo: ambos viven de ofrecer lo que ignoran si existe, de descontar letras sobre el purgatorio, de dar bienes espirituales á cambio de terrenales. Pero desde el punto de vista del sentimiento, y de la equidad si me apuran, el cura vale más que el fraile.

El cura, desde el momento en que hay gentes que creen en la otra vida y que con misas, rezos, Santos aquí ó allá pueden alcanzarla, sirve para algo; el fraile para nada. Todo lo que un fraile hace puede hacerlo

un cura; lo que un cura hace no hay fraile que lo haga. Y sin embargo, para el fraile son hoy las ventajas y las comodidades todas del oficio; para el cura los sacrificios y trabajos.

Por esto opino que los liberales debemos dirigir principalmente nuestra campaña contra los frailes, sin perjuicio de banderilear los curas que necesiten esta libia.

Baza mayor quita menor.

PRUEBA Á PRACTICAR

Un soldado en Prusia robó las alhajas de una Virgen. En su defensa dijo que ella misma se las había dado, después de rogarle él que le asistiera en sus aficciones y las de su familia.

Federico el Grande consultó sobre la posibilidad del hecho á unos teólogos, y unánimes le respondieron que nada había imposible para Dios y sus elegidos.

Lo que traslado á los que limpian de alhajas las iglesias, para que lo aleguen si son cogidos, aunque sospecho que no ha de valerles. Los teólogos admiten los milagros que redundan en provecho suyo, no aquellos que favorecen á los demás.

Por esto es un santo el que agencia alhajas para los templos fingiendo milagros y un ladrón el que se las lleva.

Esto no obstante, hagan la prueba los ladrones. Por probar nada se pierde.

La canción del renegado

Los hábitos colgué, las negras faldas que cual sombras de muerte me oprimían, los que mores y vida en to peal, pesando como plomo en mis espaldas.

Y levanté la frente con fiereza: iba á vivir de mi trabajo honrado, no del misterio ténico, explotado en regiones de sombra y de tris eza.

No acechando estertores y agonías ni otorgando indulgencias ni conjuros que pueden convertirse en pesos duros por logomaquias fúnebres é impías.

No sobornando místico rebaño de viejas mal o fentes y sumisas que pagan preces, páticas y misas y al pobre alejan con semiente huraño.

No cubriendo de incienso y bendiciones á person jes de elevada esfera, de magnifico a-pecto por de fuera y por dentro grandísimos bribones.

No aboliendo á la dama encopetada, que lena de lascivia y de cipismo, pide á la religión y al fanatismo el santo aspecto de la esposa honrada.

No subiendo al altar resplandeciente á circundarlo de celestes rayos para luego formar con los cayos de estúpido político influyente.

No haciendo estudio que la fuerza abaa y torna la memoria en biblioteca para aceptar oficio de ama seca y los niños cuidar de algún magnate.

¡A sufrir ó á gozar en el ambiente del hombre digno, en la región augusta donde el trabajo redentor no asusta, donde se eleva sin temor la frente.

Fuera las negras, deshonrosas faldas que cual sombras de muerte me oprimían, guinapos que mi vida entorpecían, pesando como plomo en mis espaldas.

P. C.

PERPLEJIDAD

Horacio, el gran poeta, en una de sus sátiras cuenta que un carpintero, encontrándose con un buen tronco de árbol, se vió asaltado por la siguiente duda:

— ¿Qué haré con este madero? ¿Un Dios ó un banco?

Mis odios

El odio es santo. Es la indignación de los corazones fuertes y poderosos, el desdén de las personas á quienes la medianía y la necedad enojan. Odar es amar, es tener el alma fuerte y generosa, vivir holgado y despreocupado lo vergonzoso. El odio consuela, el odio hace justicia, el odio engrandece. Cada vez que me he revelado contra las sociedades de mi tiempo, me he sentido rejuvenecer y recobrado más aliento. He hecho compañeros al odio y á la arrogancia; me he complacido en aislarme; y en mis aislamientos he querido odiar cuanto atacaba á lo justo y verdadero. Si hoy valgo algo, es porque estoy solo, y porque odio.

Odio á los hombres incapaces, y los impotentes me molestan. Me han quemado la sangre, y han estropeado mis nervios. Nada hay más irritante que esos brutos que al andar se balancean como los patos y os miran con asombrados ojos y con la boca abierta. No he podido jamás dar dos pasos sin encontrar tres imbeciles, y esto me causa pena. El vulgo se compone de necios que os salen al paso para salpicaros el rostro con la baba de su medianía. Estos necios se mueven si hablan, y su aspecto, gesto y voz me incomodan tanto que, como Stendhal, antes quiero un pícaro que un tonto. ¿Qué podremos hacer de tales gentes, pregunto, en los difíciles tiempos que atravesamos? Al salir del viejo mundo nos precipitamos

hacia un mundo nuevo. Los imbeciles se cuelgan de nuestros brazos, entorpecen nuestros pasos en medio de estúpidas carcajadas y de sentencias absurdas, y hacen resbaladizo y penoso el sendero que hemos de recorrer.

En vano queremos desprendernos de ellos; nos oprimen, nos ahogan y se prenden cada vez más á nosotros. Estamos en la época en que los ferrocarriles y el telégrafo eléctrico nos transportan en cuerpo y alma á lo infinito y á lo absoluto en la época grave é inquietante, período de gestación de una nueva verdad de la inteligencia humana, y hay, sin embargo, hombres necios y nulos que niegan lo presente y se pudren en el pequeño y nauseabundo charco de la trivialidad.

Los horizontes se ensanchan, la intensidad de la luz aumenta hasta iluminar el espacio, y ellos, entre tanto, se revuelcan en el fango, donde su vientre digiere con voluptuosa lentitud; cierran sus ojos de buho que la claridad ofende, y dicen que se les perturba y que no pueden reposar tranquilos rumiando á sus anchas la paja que á boca llena han comido en el pesebre de la necesidad común.

Podremos conseguir algo de los locos; los locos piensan y tienen todos alguna idea, cuya exagerada tensión ha roto el resorte de su inteligencia. Los dementes son enfermos del espíritu y del corazón, almas desdichadas, pero llenas de vida y de fuerza. Quiero escucharles, porque siempre creo ver brillar, en medio del caos de sus pensamientos, alguna verdad suprema. Mas, ¿por qué no matar á los necios y á los tontos, á los incapaces y á los cretinos. Establézcanse leyes que nos libren de estas gentes que abusan de su ceguera para decir que es de noche. Ya es tiempo que los hombres de valor tengan su 93. El insolente reinado de los tontos ha cansado ya al mundo. Los tontos, en masa, deben ser conducidos á la plaza de la Greve. Los odio.

EMILIO ZOLA

Puntos sobre las íes

Al clero pobre, al clero humilde, al bajo clero que, para deshonra del catolicismo, también hay clases privilegiadas, aristocrática, entre los que dicen que tienen el mismo poder para consagrar el pan y el vino convirtiéndolo en cuerpo y sangre de Cristo y de perdonar los pecados y de administrar los sacramentos—al clero del montón—se le hace creer que nuestra oposición al clericalismo, nuestra guerra sin cuartel al pontificado y á la Iglesia romana, va contra la religión y contra todos sus ministros.

Ya desearían haber comprendido estos clérigos, que siendo ellos la conciencia de la Iglesia, ilotas del mandamiento sagrado, los irredimibles de los que nosotros nada podíamos temer, no iban á ellos dirigidos nuestros tiros, cuando aspiramos á ser sus redentores.

Nos proponemos, por el contrario, libertarles de su esclavitud denigrante, esclavizando esas instituciones que abortó el egoísmo y sostuvo y sostiene la tiranía divina y humana, aliadas para dominar el mundo.

Nosotros comprendemos instintivo y uno el sentimiento religioso y tenemos el culto por debilidad inherente á la humana naturaleza, cuya simplicidad y sencillez está en razón directa de los grados de civilización de los pueblos, hasta que llegan á extinguirse, según la profecía de Cristo á la Samaritana; mas subordinamos estas manifestaciones á las exigencias políticas, sin género alguno de prejuicios, garantizándolas en cuanto no se opongan á la moral, al orden público, á la Constitución del Estado, á las leyes fundamentales, á la libertad colectiva é individual, al concepto universal ético y científico.

Y por oponerse el clericalismo, que no es religión ni es culto, á aquellos principios sobre los cuales descansa la civilización y el progreso humano; por ser secta peligrosa para la paz pública, que utiliza ajenos sentimientos y se sirve de formas hurtadas á las manifestaciones sinceras de los sinceros creyentes, lo combatimos con dureza, extrañándonos que en est. labor no nos ayuden todos los hombres de buena fe que miran impasibles el avance de la irregularidad, al persuadirse de lo bajamente humano en que el egoísmo de la Iglesia convierte lo tenido en todas las épocas y en todos los pueblos por divino.

Hay que confesar con pena que el clericalismo es de origen español, que ha nacido de los irritantes privilegios políticos de que aquí disfruta la Iglesia romana. Sólo en España, y concretándose al porvenir del clero, existen leyes protectoras de la tiranía sectaria.

Aquí donde cualquiera puede sin desdoro cambiar de opinión política radicalmente y ser ministro y presidente del Consejo de la república y de la monarquía; donde las altas personalidades oficiales, con derecho indiscutible y hasta con aplauso de muchos, abjurán del culto protestante y aceptan el de la secta católica, sin menoscabo de su dignidad ni quebranto de sus privilegios,

no puede hacer lo mismo ni el simple fiel católico, ni mucho menos el ordenado *in sacris*: separarse de la Iglesia católica.

¡Pero si lo hacen se me argüirá; es claro, con la libertad del suicidio. ¿Para qué he de relatar las casi insuperables dificultades que la ley, formada por hipócritas sectarios, opone a la constitución de la familia exclusivamente civil? Quien no pueda exhibir el marchamo del bautismo, será considerado ciudadano de contrabando, y a cada paso que dé en la vida social tropezará con una nueva dificultad, estando sometido constantemente al registro que la Iglesia tiene establecido en su zona fiscal, con la garantía del Estado. El sepelio fuera de los dominios eclesiásticos, es poco menos que imposible; la Iglesia, que nos se avizó en vida, dispone de nuestros despojos después de muertos, y el pinchito del sagrado consumero cata el macabro género para declarar la muerte patética de aliento.

Estos excesos, estos abusos de origen exclusivamente político, nacidos de los atrevimientos y procacidades de la Iglesia y de la debilidad o malicia del Estado, han de desterrarse por exigencias, por apremios de la civilización, por imperiosa necesidad de buen gobierno y de orden público, sin que eso signifique atañe a la religión, que no es preciso ni privilegiarla ni sostenerla para garantizarla, imponiéndose, por otra parte, el derecho natural de los disidentes, sean muchos o pocos, que tampoco en esto entra la aritmética.

Y si tan lesal chada es la condición de los ciudadanos en general, ¿figúrese cuál será la del clero en particular.

Ya los fieles miembros de la Iglesia, que la sostienen, que la subvencionan espléndidamente, a la fuerza y cohibidos por los privilegios de carácter legal que le otorga el Estado; no tienen en ella ni voz ni voto, ni derecho alguno que no sea el de la salvación de sus almas, y éste tan discutido é incierto y rodeado de tantas condiciones que al decir de la Iglesia misma, para los ricos es cosa así como pasar una maroma por el ojo de una aguja de coser; y eso que pueden pagar muchas misas y muchas indulgencias, conque ¿qué suerte esperará a los demás? ¿Y el Estado ha de garantizar, por lo menos, la imposición de estas incertidumbres, dejando que se exploten?

Menos aún debe consentir, porque es realmente inmoral y atentatorio al derecho humano, la existencia de una asociación que por ceremonias litúrgicas más o menos catolísticas y complicadas, consagra por toda su vida a su servicio la florida juventud, hipotecando a sus bastardos fines su libertad, su honor, su subsistencia, acaso la de sus familias, esclavizando sus personas y sus pensamientos al latigo espiritual del negro ro que, con su acuerdo, codifica sus negras intenciones, poniendo el hierro infamante en la frente del clérigo para que no huya las fatídicas responsabilidades. Ese, dice la ley, no puede ser diputado, porque está ordenado *in sacris*; ni concejal, ni alcalde, ni juez, ni escribano, ni procurador, ni ejerce cargo alguno público. No puede contraer matrimonio ni aun adoptar menores.

El cura es un fenómeno, un monstruo, una joroba del derecho moderno en la presente civilización. Porque a las prohibiciones legales se unen, como por ellas engendradas, las preocupaciones de la sociedad, que se cree en el deber de rechazar al eclesiástico que se rehúe, cerrándole las puertas de trabajo libre y hasta de la compasión. La sociedad educada católicamente lleva en su seno gérmenes de intransigencia, microbios de tiranía, que hallan en las costumbres caldos apropiados de cultivo.

El sacerdote es el único ciudadano que no puede cambiar de opinión, el único miembro de una asociación que no puede darse en ella de baja, porque el Estado la protege y la ampara para eso, para que sostenga la esclavitud de sus asociados.

Q está expuesto el mal en su origen, en sus causas, en sus fundamentos; establecidas las distinciones que son garantía de los diversos apremios de las conciencias; el remedio se siente porque se impone; se toca porque se desea; es una novedad vieja que cubre el disfraz convencional con el que se propone dar al traste

CANTACLABO

Sobre evolución educativa

Desde hace pocos años se ha iniciado en nuestro país un movimiento en pro de la enseñanza y cultura populares; movimiento evolutivo que marca los puntos iniciales de futuras orientaciones.

Todos, políticos de matices variados, hombres de ciencia, trabajadores, y el pueblo, en suma, proclaman sin rebozo la necesidad de reformar parcial y aun totalmente los sistemas, métodos y procedimientos educativos, en armonía con las nuevas fuerzas que proporcionan a las sociedades la difusión extraordinaria de los principios científicos, y el vuelo incommensurable del progreso y de la civilización actuales.

Se proclama también la urgencia de renovar esas organizaciones severas y frías de los establecimientos escolares, con su disciplina absurda, anafadora de esfuerzos y voluntades, por las que secundan los esfuerzos espontáneos sin la artificial influencia que comprometa el libre desarrollo de

las actividades fisiológicas y psíquicas de la infancia.

Grandes é insuperables dificultades opóñense desde luego a la idea de una completa transformación en nuestras escuelas.

Quizá la más importante de todas, es el atavismo de los que no pueden o quieren vivir sin imponer un dogma absurdo, y oían la ciencia cuando no es religiosa ni defiende las humanas instituciones de la teocracia.

Una educación racional, científica, no conviene a los sostenedores del fanatismo. Y hé ahí el por qué de tantas ideas descabelladas y absurdas, que desde el punto de vista de la concordancia de la razón con la fe nos presentan los que quieren modificar antiguos métodos, sin renovar por completo, en absoluto, la estructura o el principio esencial de la educación.

La verdadera concepción del proceso educativo, la atmósfera de vida y de sanas intenciones que deben rodear a la infancia, la libre asilación de los conocimientos jamás impuestos por la violencia o la rutinaria organización metódica, todo esto, no se quiere establecer en las escuelas, porque de la fuerte y flexible voluntad de los así educados saldrá el piquetazo que reduzca a escombros ídolos y mitos, leyendas é invenciones, que tanto perjudican al desenvolvimiento infinito de los principios científicos.

El papel de los educadores, moldeados al capricho de los sacerdotes y los guerreros, aliados por mutuas conveniencias de dominación, ha sido a través de las edades históricas el de aniquilar los impulsos naturales de los hombres, para retardar cuanto fuera posible las manifestaciones vigorosas de su energía moral é intelectual, que tan benéficas es siempre a la causa de la civilización y de la libertad.

Sin embargo, la educación, como todo cuanto es y cuanto existe, evoluciona lentamente. Las ideas nuevas se imponen como lógicos correlarios a la natural progresión de cuanto a nuestro alrededor sucede y poco a poco los aires del progreso, al penetrar en los recintos donde la infancia entona sus himnos al saber, disipan obscuridades tóxicas emancipando conciencias y cerebros.

Todos sienten, si, la necesidad de nuevos horizontes en la enseñanza, pero, por convencionalismos cuando no por hipocrisia, no se aplica en las escuelas ese axioma filosófico formula lo hace siglos: *Cumtú mts a ciencia nos familiariza con la natura es de las cosas, mis vemos que hay en ella una virtud suficiente.*

Mal que les pese a los unos, por mucho que batallen sofistas, fanáticos, gentes que del error viven y con la conciencia traicionan, la vida penetra en las escuelas, sin olor a cera, sin perfumes de incienso, y la transformación se opera sin que basten a detenerla las opresiones de la violencia ni los sofismas de los videntes.

Pronto, muy pronto, las religiones con sus milagros y sus misterios cederán el puesto a las verdades científicas que las destruyeron. Brillará la alegría, la alegría y la libertad infantil que habrán sustituido a los autoritarismos despoticos, y se prepararán mediante una apropiada y racional educación las generaciones a un orden social en que no existan jueces, cárceles, guerreros ni sacerdotes, y en la cual los hombres, sin distinción de raza, color ó sexo, compartirán las dulzuras de la fraternidad y los placeres de la ciencia.

FEDERICO FORCADA

Irún, Julio 1909.

¡Seamos inmorales!

Cada día que pasa, cada momento que transurre, me afino más en la conciencia de que nada ha causado más males a la humanidad que la influencia terrible de la moral cristiana. ¡Cuántas energías muertas, cuántos cerebros desahucados que hubieran brillado espléndidos en el campo de la vida dando frutos sagrados é inestimables! Esos decantados católicos, sucesores de un cristianismo eobarde, han envenenado a millares de cerebros con el terror y han castrado los más nobles instintos vitales aniquilando siempre de una renovación mejorada é incesante.

En los pasajes nietzscheanos se encuentran rotundas afirmaciones como estas: «La moral antinatural, es decir, toda moral enseñada, viene a la y predica la hasta ahora, va, por el contrario, contra los instintos vitales, y es una condenación ya secreta, ya ruidosa y lescandada de esos instintos. Cuando dice: «Dios mira los corazones», dice que no a las aspiraciones internas y superiores de la vida y consi lera a Dios como el enemigo de la vida. El santo que agrada a Dios es el castrado ideal. La vida termina allí donde comienza el reino de Dios.»

En efecto: todos los actos vitales, entusiasmos, pasión, heroicidad, son restringidos en el momento en que el *coco* Dios nos amenaza con su veto. La moral cristiana prejuzga hechos, restringiendo por lo tanto la espontaneidad, el valor natural de los mismos. Si un hábito de generosidad radica en vosotros, tened buen cuidado de emplearle cuando el consejo divino os lo ordene, cuando la moral cristiana no encuentre *peros* a vuestra acción, por haber sido mejor ó peor aplicada según el articulado de su egoísmo.

Salvar la vida a un *reprobo*, evitar el dolor a un *escéptico* sería terrible, pues las penas del infierno os serían aplicadas por vuestra mala acción.

La misericordia de que blasonan, la virtud consoladora de su moral aplicada, no tiene más raíces ni fundamento que el de esclavizar a los que hacen objeto de ella. En los pasajes de que hemos hecho referencia se afirma que entre los hombres, como en toda especie animal, hay un exceso de enfermos, de degenerados, de débiles, de dolientes; los casos felices son una excepción. Y precisamente la moral cristiana, sabedora de esto, ha hecho arma de combate y ha erigido su escuela de moral apoyada en esa debilidad, fortificada en esa degeneración, aumentando con un *dolor futuro* el dolor presente, amenazando con penas terribles al enfermo que no se somete a sus doctrinas.

¿Y qué ha conseguido con esto? ¿Desterrar a los fuertes, amortiguar las grandes esperanzas, hacer sospechosa la felicidad de la belleza, convertir todo lo que hay de independiente, de viril, de conquistador y de dominador en el hombre, todos los instintos del tipo humano más elevado y mejor fundido, en incertidumbre, en vileza, en destrucción de sí mismo: transformar el amor a las cosas terrenas y a la dominación de las mismas en odio contra la tierra y contra todo lo terreno. ¿He ahí su obra; esa ha sido su labor.

El virus de su moral ha prendido en nobles corazones envileciéndolos, ha matado esculturas humanas deformándolas. ¡Y aún hay quien conoce el terrible mal y en él comulga! ¡Y hay aún lo que es peor—padres, hermanos ó familiares, que conociendo los males de esa epidemia, consienten que haga presa en los suyos, por falta de virilidad para condenarla!

Mientras el hombre no se liberte de esos prejuicios morales, mientras no rechace lejos de sí la influencia fornítable de esos envenenadores de la humanidad y de tenebrosos de la raza que se llaman católicos; mientras el rebño humano siga con los ojos en alto esperando el bien de un cielo mentido y de una gloria infantil; mientras sigan informando nuestros actos más íntimos aberraciones escritas y predicadas con el sólo fin de embrutecer y esclavizar; mientras el hombre no mire a la tierra como a su madre común y en ella ponga todos sus amores; mientras no adquiera el dominio de sí mismo en la dignidad de los propios actos honrosos; mientras, en una palabra, no echemos a latigazos del templo de nuestro hogar al intruso católico, cerrándole las puertas por siempre; mientras esto no ocurra seremos infelices y sufriremos en la tierra las penas con que nos amenazan en el infierno.

Hasta tanto que esto suceda, nosotros los convencidos, ante la bandera triunfante de la moral cristiana, tengamos la gallardía y el honor de escribir en nuestro credo el lema que encabeza estas líneas: *Seamos inmorales.*

JOSÉ G. TORTAJADA

Memorias de un jesuita

El regreso a Loyola

El caso era apurado. Ferry nos echaba de Francia y Cánovas se negaba a recibirnos en España. Hubo momentos en los que se pensó serian nros en flotar un vapor por nuestra cuenta é irnos todos a América. En el día de las, el tiempo pasaba, y ya el prefecto de Dax legó a comunicarnos que no respondía de lo que pudiéramos suceder si en el término de ocho días no desocupábamos la casa de Poyanne.

Las cartas de Madrid ean desconsoladoras. El rey, a pesar de que con él habían influido personas de alta posición, se mantenía inflexible. Cánovas repetía: «No quiero jesuitas en España, que son una preocupación y un conflicto continuo. Sería completamente imposible dar ahora un decreto admitiendo otra vez a la Compañía de Jesús.» ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar?—«¡A España!»—dijimos unos cuantos, que malo ha de ser que de allí nos echen una vez que nos encuetren dentro.

Efectivamente; se revolvio la ropería, á ver con qué elementos de disfraz contábamos. Y no porque pensáramos de lebrar ninguna flesta *masqué* y *lavestí* bien humor tñamos para eso, sino porque la frontera había que pasarla de modo que parecíamos cualquier cosa menos jesuitas. Nos pedirán pasaportes. Se enseñan, insinuó alguien, las licencias de decir misa ó la carta de obediencia, que están en latín y presentan aparato de rótulos y sellos.

Al siguiente día de celebrada una reunión, en la que todos los extremos se trataron, tomaba yo el tren en la estación de La Lac con dirección a los Pirineos.

Habíame vestido un elegante terno color gris; rodeaba mi bien almidonado cuello una corbata roja, que abultado plástón formaba en la parte delantera; calzaba botas de charol; cubría mi cabeza airoso sombrero de los que entonces llamaban calabreses y luego se han llamado Frégoli, y en mi diestra hacia molinetes un elegante junco de metálico puño. «Cualquiera conoce que

soy un jesuita», iba pensando en el carricoche que desde el convento a la estación nos conducía. Digo nos, porque no era yo solo el que emprendía el viaje de regreso.

Ví una conmigo un padre valentino, que no había andado muy acertado en lo que á su *toilette* se refería, pues queriendo ostentar un porte seglar, pero modesto, se perdía materialmente en los pliegues de una levita negra, apenas sacaba la punta de unos mal lustrados zapatos por bajo de unos exuberantes pantalones y adornaba su cabeza con antíd, liviana chistera, que estufa más que sombrero parecía.

Acompañábanos también un novicio asturiano quí, perdida ya la ropa que de su casa trajera, se había apoderado de las prendas de vestir que más pronto tuvo á mano, y fueron una especie de gabán de pelo color chocolate, que sin duda ninguna procedía de algún esquimal que en la Compañía hubiera entrado, y un sombrero de jipijapa que los ardores del tópic recordaba. El conjunto resultaba tan antiestético y heterogéneo, que difícilmente podía en su presencia contenerse la risa.

Llegamos al tren; tomamos billetes de primera clase, penando que todos los rigores de documentación y todas las molestias de registros guardarían para los pasajeros de segunda y tercera.

En Hendaya tuvimos que habérnoslas con los gendarmes, que, facsimile exacto del general Bumbum, pesaban por el amplio andén. Ante sus asombrados ojos pusimos nuestros documentos llenos de *orum, ibus y secula*. No entendieron una palabra, é inspirándose esto el terror de lo desconocido, se deshicieron en profundas cortesías, mientras nosotros trasladábamos maletas y baúles al tren español.

Sin dificultad alguna llegamos a San Sebastián y allí empezaron de nuevo nuestras vacilaciones. «¿Qué hacemos? ¿Dónde vamos?». Mi primera idea fué marcharme a Madrid, donde tenía mis padres y hermanos, dejando que mis compañeros, á mano de mocheutos, fueran en requerimiento de su olivo. Pero en aquel momento tuvo una inspiración de esas que merecen darse un golpe en la frente y exclamar con el gíego del peso específico: «*¡curra!*». «No está la casa de Loyola a dos pasos de aquí? ¿No está esa casa deshabitada desde tiempo inmemorial? ¿No sería un triunfo colosal del jesuitismo en España, aunque no fuera más que la tolerancia por parte del gobierno, de nuestra presencia en el antiguo solar de Iñigo el capitán?

No lo pensé más; comuniqué el proyecto á mis hermanos, é inmediatamente tomamos el tren para Zumárraga, y, una vez allí, el coche para Loyola.

Cuidaban el edificio dos viejísimos coadjutores que, como *monaquesos artísticos*, y curioso, lo enseñaban a los frasteros. Creí que se volvían locos de alegría cuando los demostramos que éramos jesuitas auténticos y que íbamos á dormir allí aquella noche.

Cuando en Poyanne se supo la noticia, que llegó con la de que nadie nos había dicho una palabra ni en la frontera ni en Azpeitia, comenzó una desbandada, que se convirtió en reguero de jesuitas que iba á parar en Loyola. A los veinte días éramos más de ciento.

Cánovas se quedó pasmado de nuestra audacia, y acaso la hubiéramos pagado cara; pero una condesa hermosísima, de la primera nobleza, dama de la reina, entusiasmada por los jesuitas y célebre por un mote con que la alta sociedad madrileña la designaba, y era el título de un drama de Echegaray, trabajó tan de veras y con tanta suerte, que al fin pudo decirnos, cuando se presentó en Loyola, que no temiéramos nada, que Cánovas haría la vista gorda.

Mi rasgo de valor y la vista gorda de Cánovas instalaron a los jesuitas en Loyola y en España.

GIL BLAS DE SANTILLANA

No hay clericalismo

«Si la cuestión clerical no existiera... ¡Si yo era un monomaniaco, un cursi... ¡Si con mi propaganda anticlerical perjudicaba la idea republicana!...

«No decías esto, queridos liberales ingertos en sacristanes?

«¿Es ya véis lo que pasa en este año de gracia de 1909. Toda España está ocupada y preocupada con esta cuestión, y en toda Europa nos juzgan perdidos si no acogitamos al clericalismo.

Rechacé vuestra opinión, aunque vuestras señoras se enfaden, y ayudé á los que trabajamos sin descanso por llevar a todos los españoles el convencimiento de que la libertad sólo tiene un enemigo:

Nuestra Santa Madre Iglesia.

HUMORISMO

ANTICLERICAL

FOR

JOSÉ NAKENS

SECCIÓN AMENA

LETANIA

PARA IMPLORAR EL CASTIGO DE LOS LIBERTALES

La siguiente letanía, cuyo autor es el reverendo Padre D. Félix Rosa Angel, fué encontrada en uno de los libros que se hallaban en el convento de la Merced en México á la Biblioteca pública, manuscrita por el mismo autor.

Hoy la publico con el santo fin de que la recen las beatas con la mayor devoción, para la conversión de los impíos, provecho espiritual de sus almas y exterminio de los herejes, que son los loables fines que se propuso su sabio autor, según la siguiente relación:

• C. ballo de Santiago.	Atropellados.
L. on de San Marcos.	Desgarrados.
Agua de San Juan.	Picados.
T. oza de San Nicolás.	Arruñados.
Vena o de San Ateneogones.	Patitados.
Toro de San Lucas.	Cornudos.
Carro de San Francisco.	Tópalos.
P. rro de Santo Domingo.	Muerdelos.
B. o d. S. Magüe.	Arrojados.
Cu rro de San Onofre.	Saca los ojos.
Cerdo de San Antonio Abad.	Trompados.
Pesado de San R. fel.	Intigados.
Trompeta de San Jerónimo.	Aturidos.
Mu a del Nacimiento.	Dares coes.
Sierra de San José.	Desuñidos.
Griños de San P. dro Nolasco.	Aturdidos.
Bil ena de Jonas.	Tragados.
Poderoso S. n Cristóbal.	Apuntados.
C. r. onito de San B. a.	Ahorcados.
Muecas de S. nta Pononia.	Mascados.
Parril a de San Lorenzo.	A. a. os.
Niño de San Antonio de Pa.	
dua.	Arrojados.
Lanza de San Longinos.	Enca.
Es. ada de Sant. C. talina.	Desripados.
Burr. de B. am.	Tú sabes lo que hacer.
Gallo de San Pedro.	Sigueos.
Animal de San Jorge.	Mátalos. Amén.

Letanía tan edificante no podía menos de lograr la recomendación de los prelados; y en efecto, el autor dice:

«El ilustrísimo señor obispo de Morelia, D. Clemente Murguía, p. r. s. y á nomb. de la hermandad que tie. e con otros dignisim. os pre. ados, conc. dió doscientos días de indulgencia por cada palabra de las que contiene esta letanía.»

ADVERTENCIA DE EL MOTÍN

Como en esta letanía se nota la falta de unas preces finales, antífonas, ó como se llamen esas coletillas que suelen ponerse como apéndice á todas las letanías, EL MOTÍN, celoso por la salvación de las almas, propone la que sigue:

OREMUS

«Oh animales esparcidos por el orbe católico! Prestadnos vuestro eficaz concurso para extirpar de raíz esa maldita planta del liberalismo tan indigesta para las reses católicas.»

Ayudadnos todos en tan santa labor y ójala podamos para siempre hartarnos de las benditas alfalsas de intolerancia, fanatismo y barbarie que brotan abundantes en los frondosos prados de nuestra santa madre Iglesia. Amén.

Salir del paso

En una aldea de Galicia un páter debía hacer el panegirico del arcángel San Gabriel, y pensó, para producir más efecto, enseñar una pluma de papagayo, diciéndole que era una reliquia preciosísima ofrecida á la iglesia por el referido arcángel.

Al efecto llamó á un campesino y le encargó que le llevase para el día designado la pluma y la encerrase en un lujoso estuche que le entregó, recomendándole mucho la reserva. El campesino, por más que hizo, no pudo encontrar la dichosa pluma.

Llegado el día de la fiesta, y viendo frustrada su comisión, trató de divertirse á costa del predicador, llevando el estuche lleno de ceniza.

El páter, creyendo que la caja contenía la pluma, subió muy contento al púlpito con ella bajo el brazo.

Llegó á cierto pasaje del sermón y anunció al auditorio que tenía en su poder una pluma de las alas del arcángel San Gabriel.

Los campesinos le escuchaban embobados y abrían sus ojos cuanto podían para contemplar tan preciosa reliquia.

El cura abrió la caja después de unas cuantas ceremonias, y al encontrarse chasqueado, sin perder su sangre fría, exclamó:

—¿Qué veo, hermanos míos! ¿Será posible que Dios haya querido obrar tan portentoso milagro? Ved y creed. Como estamos en vísperas de la fiesta de San Lorenzo, el Señor, siempre previsor y misericordioso, nos manda, en vez de la pluma, un puño de cenizas que quedaron en las parrillas donde el glorioso santo fué asado.

¿Cuántos milagros no habrán tenido otro origen que la necesidad en que se habrá visto algún fraile ó algún cura de justificar ante sus fieles una barbaridad que haya dicho ó un propósito interesado que haya expuesto!

Y vaya usted luego á sacarle á los fieles de buena fe el milagro de la cabeza. Son capaces hasta de perder la vida por defender su autenticidad.

La verdad es que hay mucho imbécil en este valle de lágrimas.

En familia

Y decía el presbítero á su ama:

—Pero, Pascasia: ¿tengo yo la culpa de que este año haya caído la festividad de las ánimas en domingo y haya sido preciso trasladarla al lunes?

¿Que tú necesitas un mantón? ¿Que ne-

cesita un biberón el nene? Yo también necesito muchas cosas, y sin embargo...

Mas descuida. Hoy lunes pescaré el bonete, lo pondré picos abajo y no se me escapará una beata sin que me suelte por lo menos un perro chico por cada uno de sus ascendientes. ¿Que se le murió su papá? Pues responso al canto y moneda al bonete. ¿Que sus hermanas, tías, etc.? Pues guta cantante y sonante.

—¿Lástima que no se puedan decir respuestas *ad futurum*? Si no, no habría devota que se escapase sin un par de docenas á la salud de sus hijos, nietos y biznietos.

Hoy es el gran día para nosotros. Dame el manto y voy á ver si te traigo el mantón y el aparato para Nicolásin.

Y el presbítero sale disparado hacia la iglesia como alma que lleva el diablo.

La beata

Doña Juliana García

del Ciruelo, que Dios haya, gozaba en todo su barrio de reputación de santa.

Pasaba en la iglesia el día, y es una cosa muy clara que pasándolo en la iglesia no lo pasaba en su casa.

Murió su marido, que era un verdadero Juan Lanas, dejando al morir dos hijos, que ojalá no los dejara.

A las criaturas sabemos cómo las famulas tratan, y estaban las dos criaturas á discreción de una famula.

Con el ansia de ir á misa, su madre doña Juliana no les cortaba las uñas ni les lavaba la cara.

Colorario: los dos niños tenían las uñas largas, y su cara estaba sucia cual cara que no se lava.

La madre pasaba días y con frecuencia semanas, sin remendar unas medias, sin calentar una plancha.

Y como la maritornes no cosía ni planchaba, la consecuencia, lector, tú mismo puedes sacarla.

Un día que en cierta iglesia doña Juliana rezaba, vió cruzar ante sus ojos, de una manera más rápida

que la que le consentía su obesidad extremada, á un fraile de tomo y lomo, obediente á la campana

que en aquel mismo momento al refectorio llamaba.

—Padre, le dijo la viuda, oiga usted una palabra.

—Sea usted breve, señora, que la campana me llama.

—Es no más que una pregunta: ¿Teme usted que se le caiga la iglesia encima? ¿Por qué siempre que por ella pasa,

pasa usted como el que huye de un sitio que horror le causa, y á mí el estar en la iglesia es lo que más me entusiasma?

—La razón, contestó el fraile, al menos listo se alcanza:

huyo de aquí, porque aquí estar mi deber me manda;

y usted viene, porque el suyo le manda estar en su casa.

No dijo más el buen fraile; volvió al momento la espalda,

y como quien ve visiones quedó la viuda beata.

A. R. y P.

Un páter dirige la palabra á los fieles y les recuerda que con cinco panes y cinco peces Jesús dió de comer á quinientos individuos.

Concluido el sermón, un colega se acerca á él y le dice al oído:

—No eran quinientos, sino cinco mil los hambrientos que alimentó Jesús en aquella jornada.

—¿Qué más da?—respondió.—Bastante tienen con creer lo de los quinientos. Y quizás les parezcan muchos todavía.

Salió de caza el cura de cierto pueblo de la Mancha, y viendo retozar dos conejos se echó la escopeta á la cara, mientras se hacía la reflexión siguiente:

—Si mato los dos, uno para las benditas ánimas y el otro para mi ama.

Dispara y sólo mata uno; y viendo al otro salir escapado, exclama desternillándose de risa:

—¡Vaya un paso que lleva el de las ánimas benditas!

—¿Es aquí donde venden esos despertadores?—pregunta un paleta entrando en una tienda.

—Sí, señor.

—¿De esos relojes que avisan la hora que uno necesita?

—Sí, señor, de esos.

—Bueno. Pues deme usted uno para que me avise la hora en que el cura del pueblo va á hablar con mi mujer por la puerta del corral, para salir y romperles una costilla á cada uno.

En un confesonario.

—¿Hizo usted el examen de conciencia?

—Sí, señor.

—Entonces, acútese de sus pecados.

—Acúseme usted, padre; que yo me defenderé.

(FOLLETÓN 29.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR OFFENBACH

Aunque los señores del reino en un principio creían que las noticias que de aquel desastre recibían por el cable eran exageradas, y aunque D. Segismundo el menor, esto es, el Sr. Bermejo, ministro de Ma i , se mostró casi alborozado y de todos modos satisfecho de lo bien que se habían batido los españoles y del trabajo que á los americanos habría costado derrotarlos, al fin no tardaron en convenirse de que, fuera de que efectivamente los marinos españoles se habían conducido bien, mejor, sin duda alguna, de lo que merecía el desatar de los señores del reino, ni las autoridades cablegráficas habían dicho más que la verdad; ni á los americanos había costado el triunfo otro trabajo que el de cargar la artillería y dispararla; dispararla sobre el blanco, que parecía de cartón, que los buques de Montojo presentaban.

Los señores del reino entonces, sospechando si no todos los americanos serían tocineros, y viendo que de todas maneras un tocineiro bien armado á la moderna daría pronto cuenta del mismo Cid pertrechado á la antigua, se pusieron por primera vez á pensar, á meditar, y parece que lo que resolvieron fué archivar definitivamente sus ilusiones y esperanzas, y explorar, por medio de alguna nación amiga, la actitud del gobierno

americano en punto á parlamentos, es decir, en qué condiciones ó sobre qué bases se hallaría propicio á hacer las paces con los señores del reino.

«Abandono por parte de España de todo su imperio ultramarino»; he aquí los simplicísimos términos del gobierno de Washington. Esto, naturalmente, no habían de aceptarlo así, de pronto, los señores del reino, de los cuales no habría quedado titere con cabeza si á los diez ó doce días de las bravatas con que habían halagado los oídos del pueblo español, salían por tal registro. Había, pues, que dilatar, diferir, preparar convenientemente el momento de hacer tragar al país la píocima fatal, á cuyo efecto quedó implícitamente convenido con los americanos que había que seguir la guerra hasta que ellos, los americanos, diesen otra buena soba, ó un par de ellas, á las fuerzas españolas, pues entonces llegaría en España todo el mundo á convencerse de la inutilidad de más esfuerzos y sacrificios, á resignarse ó sucumbir aceptando lo que los americanos exigían, y la paz sería hecha sin trastornos.

Esto podían llevarlo á cabo los señores del reino tanto mejor, cuanto que desde el principio habían reconocido que la escuadra que habían enviado á Occidente era positivamente inferior á la americana con que iba llamada á medirse. Así fué que no se habían preocupado gran cosa de la artillería que debían montar los cuatro cruceros de que principalmente constaba, y uno de ellos no llevaba absolutamente ningún cañón de artillería gruesa!! Y lo llamaban, como á los otros, buque de combate! Pero, ¡ya se ve! puesto que enviaban aquella escuadra á perecer

¿para qué grandes cañones? Con que cada buque de aquellos llevase un capellán, había bastante. Y todos lo llevaban.

Perfectamente, pues, pertrechada de ese modo, para su objeto, aquella escuadra, los señores del reino, no sabiendo cómo sería preferible que aquellos buques pudiesen, si estrellados, fritos ó pasados por agua (porque sabido es que el destino de los barcos es igual al de los huevos), habían consultado sobre el caso con los numerosos altos jefes de la Armada que había en Madrid, capital, como ya hemos dicho, de la monarquía, y donde, aunque situada en el centro de ella, hay un gran estanque; y reunida la porrada de almirantes existentes en la villa y corte, después de estudiada la cuestión, acordaron que, puesto que de todas maneras se había de servir á los yankees aquella escuadra, lo mejor era enviarla, y enviarla sin tardanza, á buscar al enemigo para... que éste se la sirviese por sí mismo como quisiera. Y ya veremos que, cuando se trataba de que la desdichada escuadra pudiese de cualquiera de los tres modos dichos, como pereció fué de los tres, pues, al fin y al cabo, los señores del reino, secundados eficazmente por el gran chambelán de Cuba, llegaron á ver aquellos buques fritos, estrellados y pasados por agua, todo á un tiempo, memorable suceso que, como el lector comprenderá, ha de merecer capítulo aparte, aunque antes es justo que dediquemos uno, también entero, al ministro ó miembro del gobierno sobre quien, más que sobre ningún otro, recae ó pesa toda la gloria de la hazaña.

CAPÍTULO XVI

EN EL QUE EL LECTOR VA Á TRABAJAR CONOCIMIENTO CON EL MÁS PIGMEO DE LOS MINISTROS ESPAÑOLES.

Hemos dicho en el capítulo I que, según nuestro amigo el periodista, los monarcas españoles han venido procurando que sus ministros tengan cada día menos talla. Esto, y sobre todo la razón de ello, que también dejamos dicha allí, quizás no habrá que tomarlo exactamente al pie de la letra, pues nos parece que el periodista aquel no dejaba, como buen español, de ser algo b. omista. Pero, sea como sea, no cabe duda que en cualquier sentido en que se quiera tomar lo que igualmente nos dijo é igualmente hemos trasladado al lector, aquello de que ya veríamos «hasta qué punto han conseguido» (los monarcas) que sean (los ministros) verdaderamente unos pigmeos, esto es perfectamente aplicable al ministro de Marina, que, una vez deshecha la escuadra de Montojo el día 2 de Mayo, no tardó mucho en sustituir al Sr. Bermejo (D. Segismundo el menor) quien, con el otro Segismundo y algún ministro más de aquel gabinete tan guerrero, dejó el ministerio el día 19 del mismo mes.

Y en efecto. De la cortísima talla corporal del nuevo ministro de Marina, nada tenemos que añadir; es cosa propia y esencialmente suya, para su uso ó de su uso exclusivamente personal; pero de la otra, de la talla, por decirlo así, ministerial de aquel ministro, diremos que tan inverosímil ha de parecer lo que á relatar vamos, que, aun cuando confiásemos en que

El derecho de pernada

A Y E R

—No, no quiero que los labios de ese malvado se posen sobre los tuyos, querida mía; no quiero que su fétido aliento manche tu frente pura haciéndola enrojecer. Eres mía por derecho de amor, por ser mi prometida, y te ansío sola para mí, inmaculada...

Es nuestro señor, nuestro dueño, el miserable que en lo alto de su castillo, desde la cumbre de la montaña domina los bosques, los valles y los prados. Posee el pueblo, las casas, las quintas y también a nosotros, sus siervos, sus esclavos; somos para él una cosa; sus bienes. Tiene derecho sobre mí, sobre ti, y he aquí por qué desea pasar contigo la primera noche de nuestras bodas... ¡infamia! Tus primeros besos de casada le pertenecen a ese envilecido, y yo no podré estrecharte entre mis brazos hasta tanto él no te deje de los suyos... ¡maldición!

Mas no será así, pues antes te mataría. ¡Tú tan dulce y tan pura habías de pertenecer a ese viejo depravado y maldito, encenegado en el vicio! ¡Nunca! ¡Yo no quiero! Pondré fuego al castillo y al pueblo antes que dejar se cumpla tamaño sacrilegio.

Si, estoy loco, amada mía; tengo el corazón dolorido y mi pensamiento se pierde...

Pon tus manos sobre mi frente, enlaza tus brazos a mi cuello, fija tus ojos en los míos y verás mi amor cuán grande es y cuánto es mi odio para el señor licencioso que quiere robarte y deshonrarte.

—Eso ha sido siempre—dices tú.

—¡Y qué me importa! Tanto peor si los hombres son cobardes y las mujeres demasiado sumisas; yo no quiero que seas la presa del monstruo asqueroso; yo no quiero que el primero de tus hijos lleve en sus venas la sangre del malvado, ¡no quiero!

Escucha: ¿me amas lo bastante para seguirme a donde quiera que vaya? ¿Me seguirás en medio de las selvas, en las cavernas, en el fondo de los bosques? Allí encontraremos, entre los lobos, junto a las bestias salvajes, un refugio inviolable, un nido para nuestro amor; dime, ¿quieres?

—Sin lágrimas y sin pesar lo abandonaré todo por seguirte, amado mío; para ser sólo del amado de mi corazón, para vivir siempre contigo.

—Bendita seas, vida de mi corazón; huiémoslo y así no pertenecerás al viejo señor... Esto es hecho... ¡Huyamos, huyamos!

Escapemos rápidos a través de las llanuras, saltando empalizadas; quizá el señor desde las almenas nos ha visto ya.

Abrense las puertas del castillo y hombres de armas nos persiguen, los perros aullan y corren tras de nosotros... Somos la caza que hoy se busca... Más aprisa; corramos más aprisa; más aún. ¡Chap! ¡Chap! más de prisa...

Enlaza bien tus brazos a mi cuello y aprieta así tu pecho contra el mío, que al contacto siento latir tu corazón. Tus abrazos aumentan mi amor y mi odio y centuplican mi fuerza. No temas; nos salvaremos juntos o juntos pereceremos... Que vengan las gentes del señor y podrá enseñarles cómo hay que luchar. No, no te robarán, yo lo juro. Los perros jadeantes se acercan... ya siento su aliento cálido. Un esfuerzo más, un esfuerzo, y estamos salvados.

Uno que me muerde la pierna, que me salta a la garganta... Un bastonazo, y ya tiene bastante. Pero mira otro... y otro más... Ya son diez, veinte, treinta, que nos rodean y nos muerden...

Y tú estás herida, ensangrentada... ¡te han mordido! Ya se aproximan los criados y los hombres de armas que también aullan al acercarse a nosotros. Nuestro caballo, herido en el pecho, apenas si puede sostenerse... Los perros hambrientos, arrancan y devoran nuestras carnes... Nuestro caballo cae...

¡Ah! ¡Esto se acabó; hemos sido vencidos!

Lejos brillan las luces, que se acercan, que nos rodean, y no son las antorchas que llevan los criados, no... Son los ojos de los lobos, los lobos que vienen atraídos por la carnicería... Los hombres de armas huyen atemorizados; los perros escapan aullando tristemente a la muerte... ¡Nos hemos salvado! Los lobos se retiran llevándose el botín...

—Mira, entremos en esta caverna, amada mía, y mañana proseguiremos nuestra fuga; mañana seremos libres, y tú no pertenecerás al señor. Los lobos nos libran de esta vergüenza.

HOY

Aproxímate aquí, pequeña, y no temas. Soy el amo que debe ser obedecido y respetado; mas para contigo seré bondadoso y tierno.

Ya ves, yo, el patrono, te he distinguido; eres linda, tienes una boca divina, y como vas alcanzando la primavera de la juventud, comienzan tus miembros a adquirir redondez incitante; despiden tus ojos fuego, y al ver tu aterciopelado cutis, siento que en mis venas arde la sangre. Tu carne fresca reanimará mi naturaleza; te besaré cual puede hacerlo un amante de veinte años... No esquives mis caricias; eres hermosa y te quiero...

¡Hola! ¡Con que te resistes! ¡Quieres conservarte pura para tu amante! Niñerías, pequeña. ¿Quién es el afortunado? ¿Algún obrero perezoso y brutal, ó bien un charlatán de mostrador, uno de mis empleados quizá? Un

pobrete desheredado seguramente con quien pasarás vida intranquila y desgraciada, en tanto que conmigo tendrás la dicha, la fortuna. Pero le amas, dices tú, y querrás guardarte tus primeras caricias. Gran necesidad, pues que el amor pasa como todo; como la belleza y la virginidad... Y además, ¿qué impedirá poder casarte con ese rústico después que hayas sido mía? ¿Serás por eso menos bella, menos querida y amada?

Yo te quiero ahora en la flor de tu juventud, virgen, pura. Soy el dueño y tengo perfecto derecho a desearte y poseerte, así como a tus compañeras. Cuando honro a una de mis obreras dirigiéndole palabras de amor, debe ceder al punto: soy el señor a quien todos deben obedecer y ante quien todos han de temblar, ¿comprendes?

¡Lloras!... ¿y para qué? Tus lágrimas no pueden enternecerme, sino que, por el contrario, te embellecen más aún y aumentan mi deseo... Vamos, un beso en tus labios húmedos; sé mía y asegurarás tu porvenir.

No quieres, me rechazas aún... ¿crees que voy a rogarte más? Sé mía ó te arrojaré a la calle; si no satisfaciendo mis deseos, te despidiré de mis talleres, y mañana quedarás sin pan, en el arroyo. ¡Ah!... irás entonces a pedirle a tu amante que te dé con qué vivir, cuando ahora con lo que ganas comes tú y tu madre.

Reflexiona, no te obligo; te dejo libre, absolutamente libre. Mas si rehusas, te aguarda la miseria, la desesperación, la muerte por el hambre en el arroyo, y a tu madre el hospital. En cambio, si accedes a satisfacer mis ansias, te aumentaré el salario, te indemnizaré con largueza, porque me gustas, pequeña, y a tu cuerpo flexible y blanco sentarás bien los adornos de seda.

Una vez que hayas sido mía algunos días, durante unas semanas, te devolveré a tu amante y te casarás si quieres y tendrás hijos, si esos son tus deseos. Piénsalo bien, eres libre... ¿Tubas aún? Vamos, decidete a pertenecerme ó te despidó.

¿Aun no?... Dices que prefieres morir primero... Pues bien, si morirás de hambre y miseria ¿lo oyes? Mañana saldrás de aquí; te despidiré por tu mala conducta... Diré en todas partes que eres una desvergonzada y una licenciosa; soy rico, respetado y me creerán y no encontrarás trabajo en ninguna parte.

¡Ah! quieres luchar conmigo creyendo poder rechazar mi amor; pero ya lo tendré presente y te seguiré do quiera que vayas, arrancándote pedazos de tu reputación, que es lo mismo que arrancarte la vida poco a poco; te agobiará la desgracia, y la miseria te aniquilará pausadamente; morirá tu madre de dolor, tu prometido de desesperación y un día serás recogida en la calle como algo informe que ya no sirve...

¡Ah! Cedes al fin, me acercas llorando tus frescos labios que ardorosamente voy a besar...

Y bien; yo soy el señor y dueño, y reino sobre mis siervos y obreras; más que los nobles de la Edad Media, más que los señores, yo las poseo a todas, y ninguna puede sustraerse a mis deseos. Para reducir a unos y a otras no necesito hombres de armas, criados y perros; la miseria me basta. Contra ella no hay refugio. No; no hay asilo contra el hambre.

PAULA MINK

SANTA SIMPLICIDAD

Un cura que examinaba a unos niños de doctrina cristiana para disponerlos a hacer su primera comunión, preguntó a uno de ellos:

—Vamos a ver, Pedro; ¿qué día murió Nuestro Señor Jesucristo?

—No sé nada—responde el muchacho; ni siquiera sabía que estuviese enfermo.

El cura interrumpe el examen de Pedro y le declara incapaz de hacer aquel año su primera comunión.

La madre, desconsolada é irritada, ruega le encarecidamente que le permita hacerla.

—Imposible—responde el cura; vuestro hijo no sabe siquiera en qué día murió Jesús.

—¡Ay de mí!—responde la madre, no es extraño que no lo sepa; los pobres como nosotros no podemos comprar periódicos para leer las noticias.

Despedida de la Iglesia

El clérigo Eduardo Sirotti publicó unos escritos que el arzobispo de Ravenna (Italia) juzgó *modernistas*, y le aplicó la pena de suspensión *ad divinus*. Sirotti se ha separado de la Iglesia dirigiendo al director del *Faro Romagnolo* la carta siguiente:

Ilustrísimo señor Director: Tenía el propósito de mantener absoluto silencio en torno de mi resolución de renunciar al hábito sacerdotal; resolución sobre la que me veo en el duro deber de volver, para poner término al conflicto con la autoridad eclesiástica y mantener los derechos inalienables de la conciencia. Mas para que este mi acto leal, sobre cuyas causas y consecuencias he meditado largo tiempo, no sea mal comprendido ó maliciosamente interpretado, séame permitido poner un poco

de franqueza donde podría haber algo de equivoco, y declarar que he sido movido al paso decisivo por el deseo de suprimir todo motivo de calumnia y de maledicencia contra mí, llenar un deber de lealtad conmigo y con los demás, y para oponer una firme resistencia a medidas cuya aceptación por mi conciencia no sabría justificar. Y para que se sepa que ningún cálculo oculto me ha impelido a dejar el traje talar, como tampoco me ha movido ninguna razón de disciplina ni ansia alguna de rehuir los deberes que ese traje impone, declaro que la disciplina y la obediencia no me han ofrecido dificultades. Quienes me conocen íntimamente, y que por más de once años han sido mis amigos y mis superiores en el Seminario, en el que entré de niño para salir a los veintitrés años después de recibir las órdenes eclesiásticas, pueden afirmarlo.

Entré en la Iglesia, consciente en un todo de mis deberes, pero también de mis derechos; fui a ella como hacia una liberación del espíritu y no como hacia una esclavitud; impelido por la gran misión educativa, no por la idea de ganarme el pan.

Sabía de memoria y había pesado detenidamente las promesas que espontáneamente hice, y ellas sintetizaban perfectamente mis idealismos, convencido de servir la causa de la religión y de la verdad. Y mis promesas seguían firmes en mi conciencia, cuando en un momento fatal de mi vida, una revelación nueva, inesperada, hirió mi fe de un modo incurable. Las conclusiones innegables é imperecederas de la historia crítica demostráronme la naturaleza completamente humana de los libros sagrados, del viejo y del nuevo testamento, los cuales, aunque admirables en algunas partes, están llenos, como toda cosa humana, de contradicciones, pasiones, errores, imperfecciones, é inspirados por propósitos que no se prestan a la interpretación que les da la ortodoxia teológica. Así se tambaleaba la base histórica sobre que se apoyaba mi edificio religioso, y el equivoco sobre el cual reposaba mi fe se desvanecía.

El cristianismo se me apareció como un fruto natural de la humanidad, como un resultado de la historia precedente; y la Iglesia como una institución humana que, a la par de otras religiones, está construída con leyendas, sacerdocios y jerarquías, cosas contrarias a la esencia de la verdadera y pura intuición religiosa de Jesús, y que, como todas las cosas humanas, se ha desarrollado lentamente con las regresiones, errores y mudanzas de los hombres, alcanzando la verdad después de haber recorrido una larga serie de errores y variando de ruta conforme al espíritu de los tiempos.

He visto así el error de mi existencia y sentido que me faltaba el terreno sobre el cual habría creído resistir, y he reconocido todas las rarezas, reconditeces y mistificaciones de la enseñanza teológica del Seminario y el colosal engaño de aquella educación desnaturalizada. Estas cosas las pienso secretamente centenares de sacerdotes, y un disgusto sordo y profundo, una desazón grande y aguda serpea entre las filas de los que aún son jóvenes.

En vano creí poder mantenerme dentro de la ortodoxia dogmática, aún aceptando el movimiento del pensamiento moderno, y en vano he esperado un cambio en la conducta práctica de la Iglesia.

La conciencia de sacerdote ha sido dolorosamente herida por la flagelación de las maldiciones papales, las represalias incuas contra nuestros mejores y más nobles compañeros, culpables sólo de querer preparar el terreno a las nuevas corrientes y a las nuevas formas de la religiosidad contemporánea. Y he visto claramente que es imposible el acuerdo entre la civilización moderna y la Iglesia dogmática moderna, que quiere descansar sobre la interpretación literal de los textos sagrados y sobre los veredictos de una autoridad infalible y absoluta que se obstina en caminar hacia atrás, en oposición con el espíritu de los tiempos y hacia un pasado nacido para vivir en la inmovilidad de sus formas medievales.

Y ahora que toda ilusión ha caído y que el último hilo que me unía al pasado se ha roto, sería una obstinación inútil seguir conservando los distintivos clericales. Me voy, pues, y al tomar mi resolución, pido a los amigos, a las personas buenas, a los parientes desinteresados la confortación de su benevolencia.

Me separo de la organización clerical, de la burocracia eclesiástica, mas no por ello entiendo salir de la verdadera y gran comunión de Jesús, la que no tiene organización exterior, y a la que pertenecen todos los que hacen el bien entre los hombres y viven según el espíritu de justicia y de amor para el progreso de la vida civil.

Y cortando toda ligadura con la ortodoxia hasta en la forma más atenuada, me conservo profundamente cristiano y religioso, reconociendo los misterios directivos de la moral cristiana, el anhelo indestructible del espíritu humano hacia el eterno misterio de la naturaleza. Yo creo en el silencio de mi conciencia; pero mi fe no está ya en el templo, en el frío ritualismo eclesiástico; está en la vasta naturaleza, en las obras humanitarias, en el progreso; porque Dios no está fuera del mundo; su reino está dentro de nosotros; está en las fuerzas, en el espíritu humano é inexplorado de la naturaleza.

Esta es mi fe; no la que arroja el anatema contra la civilización y el progreso, contra la patria una y libre, y que tiene miedo de la ciencia y de la democracia, las dos grandes fuerzas del mundo moderno.

EDUARDO SIROTTI

De los escarmentados...

En tiempo de Francisco I, un predicador tratando en un sermón de la Magdalena, dijo:

—No era la Magdalena una mozuela como las que vosotros conocéis, sino una real moza como madama de Etampes.

Súpolo esta real moza y consiguió que le prohibiesen predicar.

Algunos años después le fueron devueltas las licencias, y al tener que predicar sobre la Magdalena, dijo:

—Una vez en día semejante, por haber hecho una comparación, se me irrogaron muchos perjuicios; por consiguiente, figurense ustedes a la Magdalena en la primera parte de su vida como les dé la gana, que yo sólo trataré de la segunda.

La vida santa

¿Quieren mis lectores saber en qué ocupó su vida San Saturio?

Creo que les tendrá sin cuidado, mas voy a decirselo por boca de un diario clerical.

Se ocupó en fabricar en el hueco de una peña una ermita, donde le encontró un joven llamado Prudencio, a quien enseñó la vida espiritual.

¿Que si trabajaban? ¿Qué! Se pasaban el tiempo cantando alabanzas a Dios.

Si todos sus contemporáneos los imitan, no hubiera podido yo dirigir ahora la palabra a mis lectores, ni ellos la escucharían, porque a la generación siguiente hubiera desaparecido de la tierra el último hombre.

Una sociedad donde nadie trabajara, duraría lo que tardasen en desaparecer los últimos víveres por el trabajo acumulados.

Regocijémonos de que la generación aque-lla no se compusiera de Saturios.

Consulta

He aquí la que me hace un presbítero:

—Me encuentro en una situación difícil; no tengo ama ni sirviente, y una joven de diez y siete años, muy guapa, de esbelto talle y amplias caderas y que no me mira con malos ojos, solicita entrar a mi servicio. ¿La admito?

—Si es que no tiene seguridad de vencer todas las tentaciones de la carne pecadora, continúe usted solitario en su humilde morada; mas si la tiene, haga lo mismo; que es muy hermosa esa tentación que con tal entusiasmo me describe, para que no caiga usted al fin.

Y evacuada la consulta, permítame que le pregunte entre envidioso y admirado:

—¿Pero dónde diablos encuentran ustedes los curas esas gangas?

Bibliografía

LEGISLACIÓN OBRERA

Editada con mucho esmero por la importante y popular casa F. Sempere y Compañía de Valencia, se ha puesto a la venta una obra que forma un volumen en 4.ª de 200 páginas, bajo el título *Tratado de Industrias y Accidentes del trabajo*, que comprende todas las disposiciones dictadas sobre aquellas materias en forma ordenada y clasificadas por secciones, con multitud de notas, concordancias, extenso comentario y aclaraciones, y además la jurisprudencia establecida por el Tribunal Supremo agrupada por conceptos, y seguido todo ello de numerosos formularios y de tres índices, de materias uno, cronológico el segundo y alfabético el último, con lo cual se facilita y abrevia extraordinariamente el trabajo de consulta.

Es esta obra de verdadera utilidad é indispensable para abogados, procuradores, funcionarios de la Administración de justicia, y especialmente para patronos y obreros, Tribunales industriales, Diputaciones, Ayuntamientos, Juntas de Reformas Sociales, etc., pudiendo asegurarse que será uno de los libros más prácticos y más estimados de toda biblioteca.

Se vende en todas las librerías al precio de 2 pesetas

CARTAS
Y
DEDICATORIAS
POR
JOSÉ NAKENS
Tres pesetas

A los suscriptores directos de EL MOTIN se les dará a dos pesetas. El importe en libranzas del Giro Mutuo, de la Prensa, letras, ó sellos de Correos.

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 31